

dice que Dios «es salvador de todos los hombres, particularmente de los que creen» (1 Tim 4, 10).

La proyección universal de la maternidad de María es tema desarrollado frecuentemente por Juan Pablo II. De un vasto magisterio al respecto baste recordar un documento particularmente significativo. Dirigiéndose a María, dice: «*Oh Madre de los hombres y de los pueblos*, Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, Tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden *el mundo contemporáneo*, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tú corazón; abraza con amor de Madre y de sierva del Señor este *mundo humano nuestro*, que te confiamos y te consagramos llenos de inquietud por la *suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos* (...). Al consagrarte, oh Madre, *el mundo, todos los hombres y pueblos*, te confiamos también la misma consagración del mundo, poniéndolo en tu corazón maternal»<sup>49</sup>.

Aquí queda perfectamente definido uno de los aspectos que debe revestir la piedad mariana hoy: hacer experimentar «la preocupación por la *suerte terrena y eterna* de los hombres y de los pueblos». Todo un programa de vida comprometida al máximo. Entre los hombres existe una fraternidad universal, fundada en que todos tenemos un mismo Padre, el cual ha querido darnos a todos una misma Madre. Este Padre y esta Madre urgen fuertemente a trabajar para que la fraternidad no sea una palabra vacía, sino que se exprese hacia todos en la plenitud de su contenido. Y esto, lejos de permitir fáciles evasiones de comodidad, se convierte para todos en principio de la máxima exigencia.

### María en la «nueva creación»

Por Ildefonso de la Inmaculada, OCD.

<sup>49</sup> Texto enviado a todos los obispos para la consagración del mundo a la Virgen (25-III-1984), n. 1 y 3 DP 29, p. 30.

## I.—PRESENTACION

*En el principio creó Dios el cielo y la tierra...  
Y vio Dios que todo estaba bien...  
Dijo Dios: hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra...  
Y creó Dios el hombre a imagen suya: a imagen de Dios los creó:  
macho y hembra los creó. Y los bendijo Dios...  
Vio Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que todo estaba muy bien...  
Estaban ambos desnudos, el hombre y su mujer, pero no se avergonzaban  
uno del otro» (Gen 1, 1.18.26.27.31, 2,25).*

Estos son, en resumen, los puntos principales de la Escritura, que caracterizan la primera creación. Todo lo hizo Dios, y todo era bueno. El hombre y la mujer fueron creados a imagen de Dios, colocados en un paraíso, donde experimentaban la armonía de sus facultades, sin contradicciones.

Las cosas cambian substancialmente con el pecado:

*«La serpiente era el más estuto de los animales... y dijo a la mujer:  
— ¿cómo es que Dios os ha dicho, no comáis... so pena de muerte... De  
ninguna manera moriréis...  
Tomó de su fruto y comió y dio también a su marido, que igualmente comió.  
Entonces se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que  
estaban desnudos...  
Yahvé Dios llamó al hombre y le dijo: ¿dónde estás?... ¿Quién te ha hecho  
ver que estabas desnudo? ¿Has comido acaso del árbol del que te prohibí  
comer?  
Maldito sea el suelo por tu causa...  
Porque eres polvo y al polvo volverás...  
Y habiendo expulsado al hombre, puso delante del jardín de Edén queru-  
bines, y la llama de espada vibrante, para guardar el camino de la vida»  
(Gen 3, 1.3.4.6.7.9.17:19:24):*

Se ha roto en el hombre el orden creado por Dios. El hombre pecó y perdió el equilibrio de sus facultades. Recibió la maldición y fue expulsado del jardín del Edén. No perdió la imagen divina, pero sí la oscureció y dañó. El mundo para él ya no es un Edén: en adelante le dará cardos y espinas.

Todo no estaba perdido. Quedaba la *imagen* de Dios. Y el Señor le mostró una esperanza de reconciliación. Dijo a la serpiente: «*Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él quebrantará tu cabeza, mientras acechas tú su calcañar*» (Gen 3, 15).

Desde entonces el mundo se divide en dos: Abel y Caín, los *hijos de Dios* y los *hijos de los hombres* (Gen 6, 1-2), la familia de Noé y el resto de la humanidad, el pueblo de Dios, con Abraham, Isaac, Jacob, y por otro lado, las *gentes*, hasta que llega el Mesías y forma un nuevo pueblo de Dios, la *Iglesia*, en medio del mundo, mundo que no conoce a Dios y odia a los hijos de Dios (cf. Jn 1, 10; 15, 19).

En tiempo de los profetas se acentúa la esperanza de un nuevo mundo, donde todo quedará reconciliado con Dios. El profeta Isaías anuncia de parte del Señor:

«Pues he aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva, y no serán mentados los primeros ni vendrán a la memoria; antes habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear... Lobo y cordero pacerán a una, el león comerá paja con el buey, y la serpiente se alimentará de polvo, no harán más daño ni perjuicio en todo mi santo monte —dice Yahvéh—. (Is 65, 17-18, 25).

También Ezequiel profetiza un mundo nuevo:

«Yo les daré un corazón nuevo y pondré en ellos un espíritu nuevo... Infundiré mi espíritu en vosotros... Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (36, 26.27.28).

Asimismo el profeta Joel:

«Derramaré mi Espíritu sobre toda carne...» (3, 1-5; cf. Is 2,2).

El nuevo Testamento es la era profetizada, donde va a tener inicio la *nueva creación*. San Juan nos habla ya desde el principio de su Evangelio, de un nuevo nacimiento, el de los *hijos de Dios*, que no nacen de la carne, ni de la sangre ni de la voluntad del varón, sino de Dios (cf. 1, 13). También podría hacerse la lectura de este texto en singular, es decir, del *hijo de Dios*, y se referiría al nacimiento virginal de Cristo. Pero es válida también la lectura en plural, tal como nos la ofrece la Vulgata y se ha leído en la liturgia de la Iglesia. El mismo Jesús habla a Nicodemo de un nacimiento nuevo para participar en el reino de los cielos (cf. Jn 3, 4).

La venida del Espíritu Santo en Pentecostés es considerada por los Apóstoles como la renovación anunciada por los profetas (cf. He 2, 16-21), complemento de la venida de Cristo. Es el Espíritu de Jesús que va a renovar todo.

Quien más desarrolla la doctrina de la nueva creación es san Pablo, en varias de sus *Cartas*.

Cristo es el *nuevo Adán* que nos justifica, dándonos vida nueva, tras la condenación y muerte en el primer Adán. El nuevo don de la *gracia* es más fuerte y abundante para la vida que lo fue el *delito* primero para la muerte y condenación (cf. Rom 5, 15-21).

Cristo es el *hombre nuevo* que ha de suplantar al *hombre viejo* (cf. Eph 4, 24 y Col 3, 10). El Espíritu es el que realiza esta profunda transformación, conduciendo al hombre hacia la plenitud, y con el hombre se transforma toda la creación (cf. Rom 8, 21-23).

Nace una *criatura nueva*. El primogénito y modelo perfecto es Cristo Jesús (cf. Gal 6, 15).

Cristo lo ha *reconciliado* todo a partir del hombre, con su vida, muerte y resurrección (cf. Rom 5, 10; 2 Cor 5, 18-19; Col 1, 20-22).

El nuevo ser, individual y colectivo tiene por *Cabeza vital* a Cristo. Todo estará espiritual e históricamente bajo él, y todo será *instaurado* en él (en latín, *instaurare*; en griego, *anakefalaiosaszai* = recapitular, o tener por cabeza) (cf. Eph 1, 10; cf. 1, 22-23).

Según el *Apocalipsis* la nueva creación llegará a su plenitud en el otro mundo: «Dijo... el que estaba en el trono: Yo hago todas las cosas nuevas» (21, 5).

Pero la nueva creación comienza aquí, donde haya una *nueva criatura* (cf. 2 Cor 5, 17).

## II.—PRINCIPIOS Y CARACTERISTICAS DE LA NUEVA CREACION

Cristo es la *nueva criatura* formada por Dios, el primero del nuevo orden establecido, el de la *nueva creación*, y su instaurador. Dos veces nombra san Pablo la *nueva creación* en Jesús, de una manera explícita, en 2 Cor 5, 17 y en Gal 6, 15.

El Apóstol también utiliza otra expresión semejante para designar la misma realidad: el *hombre nuevo* (cf. Eph 4, 24). Al hombre nuevo se opone el *hombre viejo* (cf. Col 3, 10; Rom 6, 6). Expresiones similares son, el *segundo hombre* (cf. 1 Cor 15, 47) y *hombre de Dios* (cf. 1 Tim 6, 11 y 2 Tim 3, 17).

Por fin en esta línea se deben colocar las expresiones del Señor sobre el *nacer de nuevo*. *Nacer de nuevo* es *nacer del Espíritu* (cf. Jn 3, 3.6.7).

Los elementos o características principales de la *nueva creación* serían estos:

1ª) Nos lo da san Pablo en Eph 4, 24: «*Revestios del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad*».

La nueva creación se basa en la *justicia*, como estado de relación amistosa con Dios; y en la *santidad*, renovación interior, efecto de la presencia del Espíritu en el alma, conforme a un modelo, el *Hombre nuevo*, que es Cristo Jesús.

Después de la destrucción moral que trajo el pecado, Cristo ha venido a recrear todas las cosas en el hombre, comunicándole nueva vida. Dios había creado al hombre en justicia y santidad. Todo en él formaba un armonioso conjunto, lo *natural* y lo que llamamos *sobrenatural*. No entramos aquí en el análisis de estos conceptos. Al rom-

per el pecado la unidad y sembrar la destrucción, sobrevino como una destrucción del hombre. Por eso, con razón puede llamarse *nueva creación* al retorno de la unidad primitiva, esto es, del ser íntegro del hombre.

Nueva creación no significa que la naturaleza física del hombre tenga que ser nuevamente creada, ni que se le infundan nuevas energías físicas, sino que el hombre es devuelto a la primitiva justicia y santidad por los méritos de Cristo; que todo el ser humano es renovado, puesto en camino de la total transformación.

2ª) Cristo es la nueva y modélica *imagen* de esta creación, la imagen de Dios perfecta y que en el Adán primero había sido oscurecida y dañada. Todo se entiende de su humanidad, pues como Dios no es creado en absoluto. En él podemos contemplar todas las cualidades de la nueva creación en todo su esplendor y belleza. Sobre la nueva imagen habla el Apóstol en Rom 8, 29 y Col 3, 10-11. La primitiva imagen no sólo ha sido restaurada en Cristo, sino también elevada (cf. 2 Cor 4, 4 y Col 1, 15). El hombre, siguiendo a Cristo, va recobrando la integridad y hermosura de la imagen, hasta que llegue el día de la plenitud en la gloria.

Del contenido de la *imagen* hablaremos más adelante cuando la aplicaremos a María.

3ª) Cristo es la *Cabeza* de la *nueva creación*, en sentido espiritual y en sentido histórico o suprahistórico. El es el nuevo Adán o el segundo Adán (cf. 1 Cor 15, 47). El influirá en nuestra vida divina, como una vid en los sarmientos (cf. Jn 15, 4-5), de suerte que nada escapa a su influjo. El también entra en la historia del hombre de una manera misteriosa dándole unidad y conduciéndole a su plenitud escatológica. Con él la historia del hombre ha tomado un carácter especial que podemos llamar cristológico, de forma que sin él no podría entenderse.

San Pablo quiso expresar este estado de dependencia de la humanidad bajo la fuerza vivificante de Cristo con un verbo original: *anakephalaioaszai*. Dios —nos dice— «nos dio a entender el misterio de su voluntad conforme con su beneplácito que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos, hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, todas las cosas que hay en la tierra y todas las que hay en los cielos» (Eph 1, 9-10).

El hombre, y con él el mundo creado, bajo Cristo alcanza la perfección que Dios desde la eternidad le había asignado, en parte ya ahora, y en su plenitud, en la gloria.

4ª) Dado que el hombre con su pecado trajo la disgregación y de algún modo separó la creación de su Creador, ahora con Cristo se restaura la unión mediante la *reconciliación*: «Nos gloriamos en Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido ahora la reconciliación» (Rom 5, 9).

Todo ha de ser reconciliado con Dios por Cristo: «Pues Dios tuvo

a bien que residiese en él toda plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas» (Col 1, 20).

En la nueva creación Dios no va a destruir nada de lo que ha hecho, porque todo era bueno, sino a reconciliarlo consigo por medio de su Hijo. Principio verdaderamente luminoso que nos hace ver la fuerza de la nueva creación, pues todo lo que Dios creó, aunque fuese manchado por el hombre, vuelve a la limpieza y toma nuevo vigor, y si estaba como inutilizado o dormido surge de su inutilidad, atrofia o letargo. En la nueva creación se contempla al hombre con la riqueza de dones con que salió de las manos amorosas de Dios, pues salió rey y señor de la creación (cf. Ps 8). El pecado sepultó verdaderas energías espirituales del hombre, atrofió estructuras profundas al no tener función bajo los resortes de la gracia. Verdaderamente el hombre se empequeñeció, se empobreció no sólo en lo sobrenatural sino también en lo natural.

Con la gracia de la nueva creación todo puede surgir a la vida, todo el hombre grande puede ir apareciendo.

La raeconciliación no es una mera vuelta a lo primitivo; también implica una elevación, como una divinización, de la cual nos hablaron mucho los Padres.

5ª) Quizás el fruto más exquisito de la *nueva creación* sea la *deificación* o *divinización* del hombre. El fundamento bíblico más clásico lo hallamos en 2 Pe 1, 4. «Se nos otorgaron dones preciosos y grandes, que se nos habían prometido, para que por medio de ellos fuésemos partícipes de la divina naturaleza: huyendo de la corrupción de la concupiscencia que reina en el mundo».

Dios, al crear, a cada ser le da una naturaleza, un ser con su energía específica. No le comunica su propia naturaleza. El queda trascendente, por encima de todo. Su propia vida no queda mezclada en modo alguno con las criaturas. Estas tampoco son capaces de entrar en la órbita de la vida de Dios por sí mismas.

Pero Dios ha querido comunicar su propia vida, como un don maravilloso, por encima de todo don, al hombre. No es vida de criatura sino que es *vida de Dios*.

Esto es la *santidad*, la participación de la *vida de Dios*. Todas las cosas fueron hechas *buenas*, pero no *santas*. La santidad ha de venir como don enteramente gratuito de Dios, y se halla esencialmente sobre toda bondad creada.

La *deificación* o *divinización* se nos ha dado por Jesucristo, único Mediador.

Nuestra *divinización* es una participación de la divinización de Cristo, cuya humanidad participó desde la encarnación de la vida divina, por tener la Persona del *Logos* como única persona, y por la irrupción en su naturaleza de la acción y presencia plena del Espíritu Santo, fuente de vida divina.

También a nosotros nos diviniza el Espíritu. Famosa es la frase de san Cirilo de Alejandría:

«El Espíritu Santo por sí mismo obra en nosotros, santificándonos verdaderamente, uniéndonos consigo y haciéndonos partícipes de la naturaleza divina por el don de sí mismo»<sup>1</sup>.

La gracia es una *théosis* o divinización. Nuestros primeros padres ya fueron divinizados por la gracia. San Juan Damasceno llama al primer hombre *theoumenos* que significa *divinizado*<sup>2</sup>. Podría uno pensar que el primer hombre, al ser creado en gracia, la poseía por naturaleza.

En realidad la creación es un *don*. Pero no todo lo que Dios le concedió al hombre en su creación iba a constituir su naturaleza. Porque la gracia o divinización le fue concedida al hombre no de una manera fija, sino condicional, es decir, si permanecía fiel a la voluntad de Dios. Y esto hace que no sea considerada la gracia como un don natural del hombre. Aparte de que ese don no cae después bajo las fuerzas del hombre.

La gracia es *vida divina*. Pero también puede llamarse vida divina el diálogo amoroso y filial del hombre con Dios, la fe y el amor con que le conocemos y amamos sobrenaturalmente. Es vida divina todo aquello que dentro de nosotros nos restaura, nos transforma, nos conduce a Dios, y sobre todo, nos une a él.

6ª) De esta elevación o divinización derivan unas *nuevas cualidades* o realidades propias del *Reino* que de una manera u otra afectan al hombre: Iglesia, Eucaristía, virginidad, matrimonio-sacramento, participación en la redención.

Como un sol esplendoroso que ilumina el nuevo *Reino* se levanta la presencia espiritual del Espíritu Santo que ha sido enviado a la Iglesia y es difundido en los corazones como amor. La presencia del Espíritu en el hombre comporta abundancia y alta calidad de *dones*, descritos por san Pablo en sus *Cartas*.

Después del amor o junto con el amor, destaca, como don del Espíritu, la *virginidad cristiana* (cf. Mt 19, 12; 1 Cor 7, 7; 2 Cor 11. 2).

7ª) Finalmente, como elemento antropológico muy importante, se halla la *armonía* del ser humano, armonía entre todas las fuerzas dispersas dentro del hombre. Cristo fue todo armonía y la comunica a los que viven con él.

\* \* \*

Describe así san Gregorio de Nisa la nueva creación en un *sermón sobre la resurrección de Cristo*: «Ha comenzado el reino de la vida y se ha disuelto el imperio de la muerte. Han aparecido otro nacimiento, otra vida, otro modo de vivir, la transformación de nuestra misma naturaleza... ¿Preguntas que cómo es esto posible? Lo explicaré en pocas palabras. Este nuevo ser lo engendra la fe; la regeneración del bautismo lo da a luz; la Iglesia, cual nodriza,

1 *Thesaurus de SS. Trinitate*, a. 34; PG 75, 597.  
2 Cf. *De fide orthodoxa*, 2, 12; PG 94, 924.

lo amamanta con su doctrina e instituciones y con su pan celestial lo alimenta; llega a la edad madura con la santidad de vida; su matrimonio es la unión con la Sabiduría; sus hijos, la esperanza; su casa, el reino, su herencia y sus riquezas, las delicias del paraíso; su desenlace no es la muerte, sino la vida eterna y feliz en la mansión de los santos.

*Este es el día en que actuó el Señor...* Este día es el principio de una nueva creación, porque, como dice el profeta, en este día Dios ha creado un cielo nuevo y una tierra nueva. ¿Qué cielo? El firmamento de la fe en Cristo. Y ¿qué tierra? El corazón bueno...

En esta nueva creación, el sol es la vida pura, las estrellas son las virtudes; el aire, una conducta sin tacha; el mar, aquel abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento de Dios; las hierbas y semillas, la buena doctrina y las enseñanzas divinas... En este día es creado el verdadero hombre, aquel que fue hecho a imagen y semejanza de Dios... ¡Oh mensaje lleno de felicidad y de hermosura!»<sup>3</sup>.

### III.—MARIA, NUEVA CRIATURA

En ningún lugar del NT hallamos la expresión de «nueva criatura» aplicada a María, como la encontramos para Cristo Jesús. Implícitamente sí, pues *nuevas criaturas* son todos los que viven en Cristo (c. 2 Cor 5, 17), los que se han revestido del *hombre nuevo* (cf. Eph 4, 24), los que se han *reconciliado* con Dios; y si María ha vivido plenamente en Cristo, como limpia de pecado y llena de gracia, ha sido creada en justicia y santidad por los méritos de Cristo, ella es *nueva criatura* por excelencia después de Cristo y por participación. Se trata de una conclusión teológica de primer orden, pues las premisas son de fe revelada. Sólo se trata de hacer explícito lo que se halla implícito en los principios.

María es *nueva criatura* perfecta, conformada enteramente con su imagen que es Cristo, su propio Hijo. La Iglesia llegó al dominio de esta verdad mediante un desarrollo lento, pero decidido y firme.

Desde los primeros siglos María había sido considerada como la *nueva Eva*, al lado del *nuevo Adán*, que es Cristo, con una función restauradora o reconciliadora. Tal concepto lo comprobamos ya en el siglo II con san Justino y san Ireneo, afirmación que va repitiéndose y desarrollando en los Padres posteriores, hasta la cima del siglo VIII de oriente.

La *nueva Eva* es presentada respecto a la *antigua Eva* con un paralelismo antitético semejante al que usa san Pablo para Cristo en Rom 5, 12 y ss.

Pronto descubrieron los Padres que María significaba en la historia de la salvación *algo nuevo*, muy singular. Al principio se des-

3 *Sermón I sobre la Resurrección de Cristo*; PG 46, 603-27.

tacará su perfecta obediencia, su fe, su virginidad maternal. La maternidad divina sería como el hilo conductor que les llevaría a descubrir con claridad la grandeza y hermosura de toda la persona de María.

En el siglo IV, en los *Versos Nisibinos* de san Efrén aparece esta sobria y bellísima alabanza: «Solamente tú y tu Madre sois más hermosos que todos, porque no hay manchas en ti y tampoco hay suciedad alguna en tu Madre»<sup>4</sup>.

En el mismo siglo, en occidente, hallamos a san Ambrosio que contempla la belleza de María reflejada en el *Cantar de los Cantares*: «¡Qué hermosas son todas aquellas cosas que han sido profetizadas de María en la imagen de la Iglesia, si es que allí entiendes, no los miembros de un cuerpo (humano), sino los misterios de la generación (de Cristo)»<sup>5</sup>.

Y en el *Tratado de las vírgenes* escribe el mismo santo doctor: «¿Qué hay más noble que la Madre de Dios? ¿Qué más esplendoroso que aquella que el mismo esplendor escogió? ¿Qué más casto que aquella que concibió un cuerpo sin contagio de cuerpo? Y de sus demás virtudes ¿qué diré? No sólo era virgen en el cuerpo, sino también en la mente..., humilde en el corazón, grave en sus palabras...»<sup>6</sup>.

Y siguen los Padres contemplando las maravillas de la *nueva criatura*, obra de la redención de Cristo. San Proclo, en el siglo V, llega a afirmar: «Nada hay en el mundo que pueda asemejarse a María, la Madre de Dios»<sup>7</sup>. No es una voz aislada, es el sentir de la Iglesia. Hesyquio de Jerusalén la llama «otro cielo»<sup>8</sup> y «estrella de vida»<sup>9</sup>; Cecilio Sedulio, en occidente, canta en el *Carmen Paschale*: «Ni se ha dado ninguna antes de ella (María), ni habrá ninguna semejante a ella después»<sup>10</sup>, y, finalmente, para no ser prolijo, Basilio de Seleucia afirma sin titubeos que «la Madre de Dios resplandece sobre todos los mártires, cuanto brilla el sol sobre todas las estrellas»<sup>11</sup>. En síntesis, todo el siglo V, en sus figuras más representativas, es un himno a María, que se caracteriza por la variedad y belleza de sus alabanzas. Representa un vuelo de la mariología hacia las alturas, vislumbradas en la dignidad de *Madre de Dios*. María

4 Para los textos marianos patrísticos utilizaré principalmente dos colecciones: el *Enchiridion Marianum*. Dominici Casagrande cura et studio (Romae 1974 = EM); y *Corpus Marianum Patristicum*, varios vols. (Burgos, desde 1979, Ediciones Aldecoa = CMP). *Carmina Nisibena*, 27, 8; CMP 1391. En un sermón sobre el Señor nos dice: «De la vieja viña, Eva, germinó una *nueva vid*, María, en la que habitó la *Nueva Vida*» *Sermo de Domino nostro*, 3; CMP II, 13, 90.

5 *De institutione virginis*, 89; PL 1, 326 (341); EM 618.

6 *De virginibus* 7; PL 16, 209 (220); EM 520.

7 *Oratio IV in Natalem Domini*, III; PG 65, 174; EM 1217.

8 *Sermo V de Sancta Maria Deipara*, IV; PG 93, 1459; EM 1278.

9 *Ibid.* También la llama «Madre de la luz».

10 *Carmen Paschale*, 2; 68; PL 19, 600 A; EM 1238.

11 *Oratio XXXIX*, 5; PG 85, 442; EM 1370.

aparece llena de color a los ojos de la Iglesia como «la flor nueva sobre la tierra»<sup>12</sup>.

Y se llega al siglo VIII, cima de la mariología oriental. Aquí entran san Germán de Constantinopla, san Andrés de Creta, san Teodoro el Estudita, Juan Eubeense, y el Damasceno, el célebre autor de «*La fuente del conocimiento*».

Nos detendremos en algunos textos de doctrina más desarrollada sobre la *nueva creación*, comenzando por san Andrés de Creta, quizás el que más profundizó en este misterio:

«Hoy, Adán, queriendo ofrecer a Dios las primicias, tomadas de nosotros y para nosotros, escoge a María, y estas primicias que no han sido contagiadas con el resto de la masa, son transformadas en pan para la recreación del género humano. Hoy se pone de manifiesto la riqueza de la virginidad, y la Iglesia, como para unas bodas, se embellece con la perla inmaculada de la verdadera pureza. Hoy la humanidad, en todo el esplendor de su limpia nobleza, recibe el don de su primera formación por las manos divinas y reencuentra su antigua belleza. La vergüenza del pecado había oscurecido el esplendor y los encantos de la naturaleza humana; pero nace la Madre del Hermoso por excelencia, y esta naturaleza recobra en Ella sus antiguos privilegios y es modelada siguiendo un modelo perfecto y verdaderamente digno de Dios. Y esta formación es una perfecta restauración, y esta restauración, una divinización, y ésta una asimilación del estado primitivo. ... Hoy ha aparecido el brillo de la púrpura divina y la miserable naturaleza humana se ha revestido de la dignidad real... Por decirlo todo en una palabra: hoy la reforma de nuestra naturaleza comienza, y el mundo envejecido, sometido ahora a una transformación totalmente divina, recibe las primicias de la segunda creación»<sup>13</sup>.

San Juan Damasceno: «Hoy, el que había en otro tiempo hecho subir las aguas al firmamento creado sobre la tierra, de una sustancia terrestre, ha hecho un cielo nuevo; y este cielo es mucho más bello y más divino que el otro, pues de él nacerá el Sol de justicia, Aquel que ha creado el otro sol... Hoy el Creador de todas las cosas, el Verbo de Dios, compone un libro nuevo brotado del corazón de su Padre, y que escribe por el Espíritu Santo, que es la lengua de Dios»<sup>14</sup>.

San Teodoro, el Estudita: «Antes de formar Dios al primer hombre, le había fabricado el maravilloso palacio de la creación. Colocado en el paraíso, el hombre tuvo que ser expulsado de él por su desobediencia y fe con todos sus descendientes víctima de la corrupción. Pero el que es rico en misericordia tuvo piedad de la obra de sus manos y decidió crear un cielo nuevo, una tierra y un mar nuevo

12 Venancio Fortunato, *Carmina Miscelanea*, lib. VII in *Laudem S. Mariae* V; PL 88, 281; EM 1663.

13 *Oratio I in Nativ. SS. Deiparae*; PG 97, 811; EM 1832.

14 *Homil. in Nativ. B. V. M.*, 3 y 9; PG 96, 664; EM 1937, 3 y 1940, 9.

para que sirviese de residencia al Incomprensible, y así reformar al género humano. ¿Cuál es este mundo nuevo, esta nueva creación? La bienaventurada Virgen es el cielo que muestra el sol de la justicia, la tierra que produce la espiga de vida, el mar que regala la perla oriental... ¡Qué maravilloso es este mundo! ¡Qué maravillosa es esta creación con su bello jardín de virtudes, con las flores olorosas de la virginidad... ¿Qué hay más puro? ¿Qué hay más irreprochable que la Virgen...»<sup>15</sup>.

Juan Eubeense († 749): «El mismo Hacedor de todas las cosas de la tierra, caduca por la vejez, creó un cielo nuevo y un trono incombustible, y mudó el barro viejo por un tálamo celeste. Cantad al Señor un cántico nuevo... (Ps 95, 1, 2), porque la joven Virgen es llevada al templo para que en ella habite aquel que santifica el templo»<sup>16</sup>.

San Germán de Constantinopla llama a la Virgen, «amenísimo y racional paraíso de Dios en el que florece el árbol de la Vida, y del que si gustamos, encontraremos la inmortalidad»<sup>17</sup>. Puede afirmarse que bajo muchas expresiones del santo doctor de Constantinopla se predica de María una creación, un mundo nuevo fabricado por Dios. Si él la llama «paraíso» no es simplemente por haber encerrado en sí el Arbol verdadero de la Vida, Cristo Jesús, sino también porque ella ha quedado como divinizada, y desde el principio de su existencia<sup>18</sup>.

\* \* \*

Resumiendo, la doctrina de la nueva creación hacia el s. VIII era ya una doctrina clara en la conciencia de la Iglesia, con unos perfiles concretos, y que ya no se abandonará. Fue el fruto maduro de un proceso de varios siglos de reflexión y de vida cristiana en la que María ocupa un lugar singular.

Este hecho posee una fuerza decisiva para la teología, pues es la Iglesia la que lo enseña y vive durante siglos. Para ella María es una creación nueva, junto al Hijo, es algo del todo nuevo en el mundo, creado por Dios y por los méritos de Cristo; en María todo es bello, pues es «la Madre de la hermosa»<sup>19</sup>, todo es armonioso —es himnodia de los ángeles»<sup>20</sup>—, todo está reconciliado con Dios.

15 El texto es recogido por Pie Regamey en *Los mejores textos sobre la Virgen María* (Col Patmos, 143. Madrid 1972) pp. 140-41. Se trata de una Homilía en la Natividad de la Virgen.

16 *Sermo in Conceptionem B.V.M.* XVII; PG 96, 1486; EM 1838.

17 *Oratio III, in ingressum SS. Deiparae*, XV; PG 93, 306; EM 1810.

18 Son muchas las expresiones del Santo con que quiere significar la santidad y limpieza y hermosura interior de María, en la cual habitó el Santo de los Santos: «Ave, llena de gracia, más santa que los santos, más excelsa que los cielos, más gloriosa que los querubines y honorable que los serafines, y más venerable que toda criatura» (ibid. XVIII).

19 S. Cirilo Alejandrino, *De recta fide ad reginas*, IX; PG 76, 1214; EM 1164.

20 *Sermo de SS. Dei Genitricis V.M. laudibus*, atribuido a san Efrén, pero que debe colocarse en un autor muy posterior, del s. VIII o IX; EM 350.

La Iglesia es un ser vivo, cuya cabeza es Cristo, y el alma, el Espíritu Santo. Ella es capaz de crecer, desarrollarse, reflexionar, de expresarse sobre una verdad que capta y vive bajo la fuerza del Espíritu. Posee una conciencia refleja, que puede examinar su propia vida, sus actos, dictaminar sobre su naturaleza. Cuando, en un acto reflejo, se examina y descubre una manera vital de actuar o de creer, puede sacar una conclusión clara y segura: tal actitud, tal doctrina que cree y vive no es fruto humano, sino fruto de la presencia de Cristo y del Espíritu. Tal presencia está asegurada en la revelación (cf. Jn 15, 1-5; 14, 17; 14, 26 y 16, 13; Mt 28, 20).

Podemos aplicar con justeza estos principios a la doctrina de la maternidad espiritual, pureza inmaculada de María, invocación e intercesión poderosa, como también de la nueva creación.

No hay riesgo de que la Iglesia se desvíe en puntos importantes o fundamentales, ni que invente doctrinas que no vayan conformes con los principios revelados, porque en ella todo procede vitalmente, en unión con aquél que es origen de la revelación. Sería del todo absurdo que la Iglesia descubriese en sí experiencias vitales, creencias vitales, que no estuviesen conformes con la revelación primitiva.

La doctrina de la nueva creación es una verdad que la Iglesia ha expresado, como un desarrollo auténtico partiendo de unos principios que ella poseía en sí misma. Es ella la que durante siglos, a partir de su conquista, la vive, la expresa de mil maneras, proclamando la sublime belleza de María.

El Concilio Vaticano II ha recogido la enseñanza patristica y también la ha expresado en la Constitución de la Iglesia: «Por eso no es extraño que entre los Santos Padres fuera común llamar a la Madre de Dios toda santa e inmune de pecado y como plasmada por el Espíritu Santo y hecha una *nueva criatura*»<sup>21</sup>.

\* \* \*

Si examinamos los fundamentos teológicos sobre los que ha reflexionado la Iglesia y que la han conducido a afirmar claramente que María es una *creación nueva*, un *paraíso* nuevo, veremos que son, siguiendo la doctrina de los Padres, la inmunidad de todo pecado —«estas primicias no han sido contagiadas con el resto de la masa»<sup>22</sup>—, abundancia de toda gracia —que es como divinización—, virginidad y maternidad divina.

No hay residuos del «hombre viejo» en María. La vida del «nuevo Adán» la ha inundado y transformado. La virginidad singular y maternidad divina la han elevado por encima de toda criatura. Las dos primeras realidades constituyen ya la *nueva creación*. La tercera la hacen sublime sobre todo pensamiento humano.

21 *L. gentium* 58.

22 San Andrés de Creta, *Oratio I in Nativ. SS. Deiparae*; PG 97, 811; EM 1832.

Estas premisas, que a un teólogo pueden conducirle hacia una conclusión firme, en la Iglesia se convirtieron en principios vitales, al ser asumidas, no por un teólogo o escuela, sino por ella misma como cuerpo vivo que crece y reflexiona, y entonces desembocaron en una verdad incorruptible, verdad de la Iglesia. Como sucedió con la invocación a María y su poderosa intercesión, que también fueron fruto genuino del crecimiento y reflexión vital de la Iglesia sobre los principios de su fe revelada.

#### IV.—CONTENIDO ANTROPOLOGICO DE LA NUEVA CREACION EN MARIA

Los factores teológicos de la *nueva creación* inciden directamente en la antropología. Si el pecado afectó al hombre en su ser íntimo, dañando la *imagen de Dios*, *oscureciendo* su mente y *debilitando* su voluntad, rompiendo, por consiguiente, su *armonía interna*, la nueva creación devuelve al hombre la perfección de la *imagen*, e iluminando su mente y robusteciendo su voluntad, como efecto restablece la armonía. En los arquetipos de la nueva creación, Cristo y María, los valores antropológicos alcanzan la cima humana. Conocer esta cima es indispensable para comprender al hombre, porque en el resto de los humanos se halla mediatizado, es decir, no se encuentra toda la realidad creada por Dios.

Los valores antropológicos en parte son detectables, y así podemos descubrirlos en Cristo a través de los evangelios. María es poco descrita en el evangelio, pero su perfección antropológica se vislumbra en las escenas en que interviene, principalmente en la anunciación y en el *Magnificat*. Se deduce de una manera cierta de los datos teológicos, como son, la plenitud de gracia, la inmunidad de pecado original, la maternidad divina, la maternidad espiritual.

Sintetizo la realidad antropológica de María en los siguientes puntos:

##### 1. MARIA ES UN PARAISO

El *paraíso* fue una realidad de la creación. Fue creado para el hombre y formaba parte de su existencia. En el *Génesis* se expresa con símbolos, material primario de su género literario. El *paraíso* es un símbolo que manifiesta no tanto una realidad externa cuanto interna del hombre. Yo diría que más interna que externa. Como ambiente, la misma creación es un *paraíso*. Si la Escritura dice que Dios creó un nuevo *paraíso* en la tierra es porque quiere significar la condición humana tal como había salido de las manos del Creador. El hombre era un *paraíso* en su ser y proyectaba la luz y belleza que llevaba dentro a todo el ambiente que le rodeaba, formando

un conjunto maravilloso con los árboles, flores, agua, colores de la naturaleza. Aun ahora, cuando el ser humano está dividido y roto por dentro todo lo que ve y trata participa psicológicamente de la ruptura y tristeza interior. En cambio, cuando un hombre posee la paz y descubre la belleza y el gozo en su alma, todo lo que le rodea se llena de resplandor alegre.

María, un ser humano lleno de gracia y de paz, en estrecha comunión con Dios, era un *paraíso*.

Es una afirmación explícita repetida por los Padres durante siglos, hasta llegar a nosotros, como lo hacía ver el Papa Pío IX en la Bula *Ineffabilis Deus*: «Por lo cual jamás dejaron (los Padres y escritores de la Iglesia) de llamar a la Madre de Dios, o lirio entre espinas, o tierra absolutamente intacta, virginal, sin mancha, siempre bendita y libre de toda mácula, de la cual se formó el nuevo Adán, o *paraíso intachable, vistosísimo, amenísimo, de inocencia, de inmortalidad y de delicias, por Dios mismo plantado y defendido de toda intriga de la venenosa serpiente...*»<sup>23</sup>. Más tarde el Papa Pío XI gustaba de llamar a la Virgen, «*paraíso del Altísimo*», «*puerta del paraíso*», «*Soberana del paraíso*»<sup>24</sup>.

Pues bien, ya san Atanasio de Alejandría enseñaba en un sermón sobre la Madre de Dios: «En ti, oh Virgen prudente, habita el Hijo de Dios, esto es, el árbol de la vida»<sup>25</sup>, insinuando el nuevo *paraíso*.

Sería prolijo traer aquí todas las expresiones de los Padres en que de una manera u otra han mostrado esta sublime verdad. Recordaré algunas: «*paraíso de Dios*», de san Efrén, y dentro de este contexto bellísimo: «*María es el Edén de Dios, en ella no hay ni árbol de la ciencia ni serpiente que dañe, ni Eva que mate, sino que de ella nace el Arbol de la vida que hace retornar al Edén a los desterrados*»<sup>26</sup>.

Otras expresiones: «*Virgen más gloriosa que el paraíso*»<sup>27</sup>; «*paraíso de la inmortalidad*»<sup>28</sup>; «*huerto florido e inmarcesible*»<sup>29</sup>; «*paraíso espiritual llenísimo de luz*»<sup>30</sup>; «*prado de delicias donde todo*

<sup>23</sup> *Ineffabilis Deus*, 14; Documentos Marianos, colección preparada por el P. Hilario Marín, S.I., BAC 128, n. 291.

<sup>24</sup> Doc. Mar. cit. nn. 592, 599 y 582.

<sup>25</sup> *Sermo de Maria Dei Matre*; CMP 557.

<sup>26</sup> *Hymni de Annunt. Deiparae*, IV, 30; EM 425. San Efrén ofrece varias versiones del mismo pensamiento en distintos himnos y que coinciden curiosamente en el n. 30: cf. *Carmina Sogita*, 30 (CMP 1392) e *Hymni de Beata Virgine XVIII*, 30 (EM 410).

<sup>27</sup> Teodoto de Ancira, *Hom.* I, I; PG 77, 1350; EM 1188.

<sup>28</sup> Hesiquio de Jerusalén, *Sermo V de Sancta Maria Deipara*; PG 93, 1463; EM 1278.

<sup>29</sup> San Proclo, *Oratio VI*, XVII; PG 65, 758; EM 1225.

<sup>30</sup> San Modesto, *Encomium X*; PG 86bis, 3306; EM 1709.

florece»<sup>31</sup>; «paraíso del árbol de la vida»<sup>32</sup>; «jardín de bendición»<sup>33</sup>; «paraíso de delicias, de toda amenidad e inmortalidad»<sup>34</sup>.

Y seguiríamos con esa letanía de expresiones bellísimas que los Padres de distintas épocas han dedicado con amor a la Virgen, queriendo significar ese algo nuevo y maravilloso que Dios quiso crear para que de allí naciese el nuevo Adán.

Todo indica belleza extraordinaria, paz, serenidad, armonía. Decir que María es un *paraíso* es decir algo más que inmunidad de pecado, incluso más que una plenitud de gracia en el orden espiritual. Es además una restauración del estado primitivo humano que Dios creó en el paraíso.

Superándolo en mucho. En este nuevo paraíso se da la sublime y continua presencia de Dios, un diálogo indescriptible entre el alma y Dios, una divinización, que los griegos llaman, la gran *Theopoesis*. Reina un profundo conocimiento de Dios a través de una fe iluminada como no la ha habido en criatura alguna. Hay armonía interna entre todas las facultades. Crece y florece el árbol del amor, superando toda nuestra capacidad de entender.

Es decir, se da una profunda renovación antropológica en virtud de la redención de Cristo. Hay reconciliación de todo el ser humano con Dios, sin lugar a luchas, ni a resistencias a la gracia, a lo bueno; sin contradicciones, sin debilidades del libre albedrío frente a todas las energías humanas.

En María, como en la humanidad de Cristo, comenzó un nuevo modo de vivir, de pensar y sentir, para nosotros inalcanzable por la experiencia, debido a nuestra condición de desequilibrio y de limitaciones innumerables, a consecuencia del pecado. Nos es inteligible mediante un proceso de ascensión hacia lo sublime, hacia una armonía ideal. Algo así como realizó santa Teresa subiendo moradas, y no parándonos con el pensamiento ni tan siquiera en la séptima, porque en la séptima todavía vive la serpiente de la concupiscencia.

Y aquí radica lo peculiar del tema, y por eso, la cuestión de la nueva creación en nuestros modelos no es una cuestión bizantina. La nueva creación ha comenzado en este mundo. Podemos ir entrando de nuevo en el paraíso perdido. A veces podemos ver sus resplandores, gustar ya de algunos de sus frutos primorosos. Lo que podemos alcanzar en este mundo es digno de todo deseo y de todos los esfuerzos con la gracia. Y se abre todo el deseo a la esperanza de su plenitud.

31 Himno *Akatistos*; PG 92, 1338; EM 2082.

32 Damasceno, *Hom. III in Dormit. B.V.M.* 5; PG 96, 762; EM 1962.

33 Anónimo, *Sermo in Annunt. Deiparae* 3; PG 28, 911; EM 1993.

34 Anónimo, *Sermo de SS. Dei Genitricis V.M. laudibus* cit.; EM 350.

## 2. MARIA ES UN PARAISO SIN SERPIENTE

Nos lo ha afirmado san Efrén: en el paraíso de María *no hay serpiente que dañe*. Todos llevamos en nuestro interior una serpiente que tienta, que instiga al pecado. Me refiero a la *concupiscencia*, secuela del pecado original (cf. Rom 7, 23). Hoy la teología moderna no hace consistir la concupiscencia, ni en la fuerza de los instintos o pasiones ni en su anticipación al libre albedrío, sino más bien en la debilidad de la voluntad y de la mente para dominar, encauzar y regir todas las energías inferiores y a sí mismas, con el consiguiente desbordamiento de fuerzas y desequilibrio que conduce al pecado<sup>35</sup>. Como se ve, se trata de algo que tiene por origen una carencia culpable en su principio y que se convierte como en «*ley*» en el ser humano, en expresión de san Pablo (cf. Rom 7, 23; Gen 8, 21).

Todas las fuerzas del hombre, que proceden de la creación, son buenas. Son fuertes, intensas, constantes. En un principio eran dominadas y encauzadas por el hombre mediante el conocimiento y la voluntad, adornados y robustecidos por la gracia que confería al ser humano una *fuerza espiritual* que lo llenaba de poder y dignidad, con dominio sobre la creación. Al perderse la fuerza espiritual, sobrevino el desorden. No se trata de un principio positivo del mal, lo cual sería establecer un maniqueísmo, sino de una pérdida de fuerza y cohesión superior. Es como las aguas desbordantes de un río, que de sí son buenas, pero por falta de un cauce debido y control asolan los campos de sembradura. Con el desequilibrio las fuerzas inferiores van tomando mayor fuerza y dominio, y la mente y el corazón se hacen esclavos. Además, un desequilibrio tan fundamental va dejando huella en todas las estructuras.

Hay fuerzas en el hombre que naturalmente se anticipan a la razón y voluntad y quieren indicar una orientación con unos fines determinados, necesarios o convenientes. Por ejemplo, el hambre se anticipa a la razón, indicándole que hay que alimentar el cuerpo. Aquí y por este mero hecho no hay desorden alguno. Puede haberlo por la forma violenta y dominadora con que se anticipa, fruto de un descontrol.

No hay que confundir la concupiscencia con las *fuerzas concupiscibles* del ser humano. Estas pertenecen a la creación, aquélla al pecado. En todo ser humano, hay fuerzas *concupiscibles*, ya sean con carácter de instinto, ya de pasión. Forman parte de la perfección del hombre como tal. La concupiscencia, tal como se entiende en la revelación y como se puede comprobar en un análisis antropológico, es un desorden, un desequilibrio entre las fuerzas ciegas del hombre

35 Sobre el tema de la *concupiscencia* cf. K. Rahner, *Sobre el concepto teológico de concupiscencia* en *Escritos* I, 379-416; J. B. Metz, 'Concupiscencia', en *Conceptos fundamentales de teología* I (Madrid 1966) 255-64 (bibliografía); M. Flick-Z. Alszeghy, *Antropología teológica* (Salamanca 1971) pp. 227-34 (bibliografía); *Mysterium salutis* II, 646-7 y 678-84.

y lo que la razón sana entiende en su conciencia. El desequilibrio se ve más claro cuando la razón es iluminada por la luz de la fe. Además, la concupiscencia se extiende a todo el ser del hombre, no reduciéndose sólo al perímetro de las fuerzas concupiscibles (cf. Jn 2, 16).

La ley de Dios en el Sinaí vino a remediar en parte el desequilibrio moral, ayudando a la razón a conocer las tendencias de la concupiscencia contra las que tenía que defenderse: *no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no mentirás*, etc. Pero la ley sola no remedia el problema de la concupiscencia (cf. Rom 7, 7-8 ss.): «¡Pobre de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro!... Ya no hay nada de condenación para los que viven en Cristo Jesús, que no caminan según la carne. La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me librará de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley...» (Rom 7, 24-8, 1 ss.).

El origen de la actual concupiscencia es el pecado, que debilitó la mente y el corazón, y con ello el hombre se sintió impotente para controlar las propias fuerzas. Entonces surgió un sentimiento especial que todavía no había experimentado el hombre, la *vergüenza* de sí mismo. Tal sentimiento se vio como desatado, fuera de su órbita original. Originalmente no era así. En parte se convirtió en una humillación.

La concupiscencia del hombre no se limita al campo sensible, instintos, apetitos, pasiones, sino que su desorden penetró hasta lo más profundo del alma. Escribe C. Baumgartner en su libro *El pecado original*: «Si una persona, luchando contra los apetitos desordenados, llega a liberarse de la tiranía de los mismos al dominar la rebelión de los sentidos contra la razón, no lo ha hecho todo; en lo más secreto de su corazón se oculta una codicia más profunda, más tenaz, más sutil, más peligrosa también: la del orgullo, que es la tentación del espíritu, ávido de independencia y de dominación... Dos formas principales de concupiscencia: una que lleva a un apego desordenado a los placeres corporales, y otra que busca ventajas menos bastas en la satisfacción del orgullo. Las dos tienen sus raíces en el amor desordenado a uno mismo, en el egoísmo»<sup>36</sup>.

Ya santa Teresa, en uno de sus certeros análisis del espíritu, descubre en las almas de las quintas *Moradas*, en lo profundo del ser humano, «unos gusanos que no se dan a entender, hasta que, como el que royó la yedra a Jonás, nos han roído las virtudes con un amor propio, una propia estimación, un juzgar los prójimos..., una falta de caridad con ellos, no los queriendo como a nosotros mismos»<sup>37</sup>.

Creo que hay que admitir esa concupiscencia profunda. Porque en lo profundo del ser existen ya unas tendencias fundamentales, como es el instinto de conservación, la tendencia a construir la pro-

pia personalidad y a diferenciarla de las demás, el instinto de felicidad, etc. El pecado, privación culpable de la gracia y de la presencia santificadora de Dios, tuvo que afectar a todas las tendencias, profundas y menos profundas del hombre. Y cuanto más profunda es una tendencia, también su influjo es mayor. Del mismo modo el desequilibrio también es más nefasto y universal. En resumen, la concupiscencia tiene sus raíces en lo más hondo del ser humano. Y hemos de afirmar lo mismo de todas las tendencias desordenadas: que el pecado no ha creado energías malas, sino que las energías buenas procedentes de la creación se han desordenado y descompuesto a causa de no tener una fuerza superior que las encauce, las armonice y las libre de toda corrupción.

Y la fuerza que las encauzaba, armonizaba, las conservaba puras y a la vez las elevaba, era la gracia, la presencia del Espíritu con sus dones. No es necesario buscar otra fuerza. Esa misma fuerza es la que ahora va logrando en los renacidos el dominio, la armonía, la riqueza y pureza, la elevación. Si no suprime la concupiscencia es porque en este mundo todavía no hay plenitud de gracia. Solamente han gozado de ella el Hijo de Dios humanado, Cristo Jesús, y la Virgen María. Con la plenitud se llega a todos los efectos de la gracia sobre la humanidad. Nuestros primeros padres fueron creados en cierta plenitud, con gracia para todos los efectos humanos.

\* \* \*

Hay que poner gran cuidado en no atribuir a la *concupiscencia* ciertas mecánicas que bien pueden corresponderse con el estado de inocencia o de integridad original y que pertenecen a la creación. Cabe y debe colocarse en un estado de justicia original el *esfuerzo humano* de la voluntad humana para integrar debidamente las fuerzas que de su natural son ciegas. De natural la integración no estaba hecha. Le tocaba a la libertad realizarla con la gracia de Dios. Cabía la *repugnancia* o contrariedad de la sensibilidad ante la voluntad de Dios. Cristo sintió repugnancia en su naturaleza sensible ante la pasión y sujetó su voluntad a la del Padre. Cabía el *halago* sensible hacia un fruto prohibido por Dios. Eva lo sintió, accedió a él y comió del fruto prohibido, desobedeciendo (cf. Gen 3, 6). En un estado de justicia también había que contar con la *oración*. Jesús la dirigió al Padre en Getsemaní para recibir fuerzas. Ni Eva ni Adán oraron a Dios para pedirle ayuda en la tentación. Porque la libertad humana necesita de la ayuda de Dios para toda empresa sobrenatural y para superar todo aquello que contraría la corriente de las fuerzas ciegas en un mandato de Dios (DZ 192). En tal oración el hombre ofrece a su creador el obsequio del reconocimiento de la soberanía y bondad de Dios.

La tendencia sensible de los primeros padres iba dirigida ciegamente hacia su objeto sensible. De sí el halago que experimentaban hacia el fruto no era malo. La libertad era la que tenía que decidir

<sup>36</sup> C. Baumgartner, *El pecado original* (Barcelona 1971) p. 81.

<sup>37</sup> *Moradas* Vs, 3, 6.

si la tendencia se volvía mala o se convertía en un obsequio agradable a Dios. La tendencia era limpia en su naturaleza. La libertad quedaba intacta, con el valor para tomar una opción en un sentido o en otro. El hombre decidió comer del fruto prohibido y pecó.

Desde entonces las tendencias del hombre se vuelven vinculativas, es decir, arrastran a la voluntad, porque ésta ha perdido su fuerza original. Con la pérdida de la gracia el hombre se vuelve impotente para toda obra sobrenatural y débil para el bien del orden natural. Con el pecado personal las fuerzas ciegas del hombre se tornan más déspotas, y la libertad se envilece hasta extremos sorprendentes de miseria. Con Cristo el hombre ha recobrado la gracia, pero no con plenitud en este mundo, sino con imperfección; y sí con capacidad para alcanzar poco a poco mayor dominio de sí y mayor perfección de integrar sus fuerzas en su Redentor.

La gracia no sólo robustece directamente la libertad del hombre, sino que la ayuda indirectamente despertando en la sensibilidad superior sentimientos nobles y puros que controlan y suavizan la fuerza del instinto o de la pasión. La oración tiene mucha parte en esta mecánica.

Cristo ha venido a restaurarlo todo y a devolver al hombre su primitiva dignidad. Por él se nos ha otorgado en abundancia la gracia, que, según la enseñanza del *Tridentino*, ya es germen y naturaleza del *nuevo hombre*<sup>38</sup> y hace que en los renacidos nada haya que sea odioso para Dios.

Sin embargo, queda la *concupiscencia*, que ha nacido del pecado y conduce al pecado, pero no es pecado<sup>39</sup>.

La debilidad humana frente a las propias fuerzas en su estado de descontrol no es pecado. Sentirla, por más descontrolada que se presente, no hace al hombre odioso a Dios. El pecado reside en secundarla.

Mas el presente orden de cosas es una secuela del pecado. No es lo perfecto, lo que Dios quiso al principio para el hombre ni lo quiere en el día de la plenitud. El lo ha permitido mientras perdure nuestra condición pecadora. Lo permite relativamente, porque quiere que la concupiscencia vaya siendo vencida mediante un proceso de perfección que tendrá término en la otra vida. Lo cual indica claramente cuál es la voluntad divina frente a la concupiscencia: no sólo que se luche contra ella (cf. 1 Jn 2, 16-17; 2 Pedro 1, 4; Col 3, 5; Rom 6, 12; 13, 14), sino también que su fuerza y desequilibrio sean dismuidos y en ciertos momentos y etapas muy extinguidos. La perfección va en relación directa con este dominio y la belleza interior,

38 Sesión V, 5; DZ 792.

39 Ibid.

porque la gracia cuanto más arraiga más fuerza espiritual confiere al alma y más armonía a sus facultades.

La concupiscencia procede principalmente de la debilidad de la mente y del corazón. Por consiguiente no es lo perfecto del hombre. Cristo no quiso asumirla<sup>40</sup>. La completa armonía interna antropológica, la inmunidad de concupiscencia pecaminosa, pertenece al modelo de la nueva creación. Dedúcese de la naturaleza de la concupiscencia, que es debilidad frente a una fuerza que debiera ser controlada y dirigida, en último término, hacia el fin supremo del hombre. Se trata de debilidad en quien tendría que regir, no de existencia y presencia motriz de energías humanas en los distintos niveles. Lo perfecto no es carecer de energías, sino el tener fuerza espiritual suficiente para dominar todo el ser con gozo y armonía.

He dicho que Cristo no quiso asumir la concupiscencia. Hay que afirmar más: no se aviene la concupiscencia con la plenitud de gracia y omnimoda presencia del Espíritu acompañado de todos sus dones. El Espíritu no sólo confiere fuerzas para resistir el ímpetu de las fuerzas inferiores, sino que las espiritualiza de manera misteriosa, ordenándolo todo hacia Dios, como podemos ver en parte en las almas santas.

\* \* \*

Resumiendo, podemos dar en síntesis todo aquello que implica el estado de concupiscencia:

1.º Una debilidad de la libertad de la voluntad humana: no siempre se hace el bien que se entiende (cf. Rom 7, 15 y 19) y a veces se hace el mal que uno no querría (ibid). Y una cierta ofuscación en la mente (cf. DZ 788, 1643).

El hombre permanece en condición pecadora, de modo que no puede evitar durante toda su vida todo pecado venial, si no es por especial privilegio, como fue en la santísima Virgen (cf DZ 833).

2.º El dominio no es perfecto, inmutable (cf. DZ 1275).

3.º No se alcanza una paz imperturbable (cf. DZ 1282) de una manera continua. No quedan las pasiones e inclinaciones totalmente sujetas y controladas (cf. Rom 7, 23).

María, nueva criatura, la más cercana a Cristo, del todo perfecta, adornada de todos los carismas del Espíritu, de todos sus aromas, primicia de la restauración, la que no se contagió con la masa, estuvo libre de concupiscencia.

No podemos imaginar que en criatura perfecta, por encima incluso de los ángeles, haya debilidad de su voluntad frente a las fuerzas que le podrían inclinar al mal. Por especial privilegio, nos enseña el Concilio Tridentino, María pudo evitar todo pecado, incluso venial, durante toda su vida. Detrás de tal afirmación se supone otra, la de una condición del alma de María, toda santa, toda

40 DZ 224 y 1314.

perfecta, con una fuerza tan llena del Espíritu, de la gracia, que le concedía pleno dominio espiritual sobre todo su ser, de una manera continua.

Los Padres no han tenido palabras suficientes para cantar y ensalzar la santidad total de María, como nuevo paraíso, adornado de todos los bienes, toda llena de gracia, de hermosura en todo su ser, todo paz, todo alegría. Implícitamente están afirmando la plena armonía en todo el ser de María, la sujeción de todas sus fuerzas al Espíritu que la regía, impregnada por todos los dones que espiritualizan al hombre de parte del mismo Espíritu, toda bella, «*el tesoro escondido de inocencia y hermosura de santidad*», como la llama san Germán <sup>41</sup>.

Los Padres, a excepción de algunos en los primeros siglos, cuando todavía no aparecía del todo clara la figura espiritual de María, nunca nos hablan de contradicción interna, de debilidad de espíritu. A partir principalmente del Concilio de Efeso la Iglesia toma en los Padres conciencia de la inmensa grandeza de la Madre de Dios, y la consideran tan santa y pura que sobrepuja en perfección a los ángeles y a toda criatura.

La concupiscencia es una contradicción en el ser humano. Contradice a su perfecta belleza y armonía. Es falta de dominio, de paz, de armonía, de gozo, pues le hacía gemir a san Pablo: «*¡Desdichado de mí!*» (Rom 7, 24). La concupiscencia ha robado una belleza que poseía el hombre al principio. La inmunidad de concupiscencia es hermosura espiritual, aunque verdadera gracia.

María, toda hermosa, toda perfecta, toda llena de santidad, no la pudo tener.

En los cristianos hay un proceso de santidad o perfección. Siempre se parte desde la imperfección hacia lo más perfecto. En tal proceso se va fortaleciendo la libertad del hombre, se va iluminando su mente, se van venciendo las concupiscencias, llegando cada vez con mayor efectividad hasta las raíces, pero en este mundo no se alcanza toda la perfección y siempre queda algo que superar y alcanzar. Todo el progreso se realiza mediante la gracia.

María no partió desde la imperfección, sino desde una plenitud de gracia que fue avanzando hacia mayor plenitud. María, desde el principio, ya tuvo la perfección del proceso cristiano, lo cual implica una superación y victoria plena sobre las concupiscencias. Su mente avanzó desde una plenitud de fe y su corazón desde una plenitud de amor. Todo su ser estaba ungido por el Espíritu Santo desde el primer instante.

Acerca del proceso de la perfección en María habla el Concilio Vaticano II: «Mientras que la Iglesia en la beatísima Virgen ya llegó a la perfección, por la que se presenta sin mancha ni arruga, los fieles, en cambio, aún se esfuerzan en crecer en la santidad ven-

41 Oratio III, *In ingressum SS. Deiparae*, XIX; EM 1811.

ciendo al pecado; y por eso levantan sus ojos hacia María, que brilla ante toda la comunidad de los elegidos como modelo de virtudes» <sup>42</sup>.

No se refiere el Concilio a la perfección del cielo, que es plenitud en gloria, sino a la perfección que María tuvo en la tierra, donde la Iglesia la considera como *modelo* de todas las *virtudes* y donde *unió y reflejó las más grandes exigencias de la fe* <sup>43</sup>.

Se podría objetar que el texto del Concilio se refiere a la perfección moral del alma de María, modelo de todas las virtudes. Esta perfección exige un pleno dominio de la voluntad sobre todas las fuerzas interiores del hombre, pero ¿incluye también la plena armonía de las mismas fuerzas con la mente y voluntad del ser antes de que entre a actuar la voluntad, como se daba en los primeros padres antes del pecado? El Concilio sólo afirma que la Virgen, representando ya a la Iglesia en su vida, se mostraba ante Dios *sin mancha ni arruga*.

Los Padres no entraron explícitamente en tales aclaraciones doctrinales. Sin embargo, hablaban de la santidad y perfección de María en términos que indican una total armonía de todo el ser, expresan una unción interior que la hacía bellísima: «naveta de oro de verdaderos aromas espirituales» (san Andrés de Creta) <sup>44</sup>, «alabastro de unguento de santificación» (Teodoro de Ancira) <sup>45</sup>, «ánfora de oro llena de maná» (anónimo) <sup>46</sup>, «arca de oro por dentro y por fuera» (Anónimo) <sup>47</sup>, «domicilio de todas las gracias del Espíritu Santo» (pseudó Efrén) <sup>48</sup>, «mar indeficiente de todos los carismas celestiales» (pseudó Efrén) <sup>49</sup>, «río lleno de los aromas del Espíritu Santo» (Damaseno) <sup>50</sup>, «pielago inexhausto de los divinos y secretos dones» (pseudó Efrén) <sup>51</sup>, «nave cargada de tesoros» (J. Bathnense) <sup>52</sup>, «sagrario de inocencia» (san Proclo) <sup>53</sup>.

En la Edad Media las escuelas se proponen la cuestión de la concupiscencia en María y todas, incluso la escuela no inmaculista,

42 LG., 65.

43 Ibid.

44 *Oratio IV in Nativ. B.V. Mariae*; PG 97, 878; EM 1844.

45 *Hom. IV, III*; PG 77, 1394; EM 1192.

46 *In sanctam Dei Genitricem et semper Virginem Mariam*, V; EM 2050.

47 *Hom. I in Annunt. S. Mariae Virginis*; PG 10, 1191; EM 1981.

48 *Precationes ad Deiparam. Precatio prima*; EM 338.

49 *Oratio ad SS. Dei Genitricem*; EM 348.

50 *Hom. III in Dormit. B.V.M.* 5; PG 9, 762; EM 1962.

51 *Oratio ad Deiparam*; EM 341.

52 *Carmina de B. Maria Virgine I*; EM 1480. Este autor de principios del siglo VI, de la Iglesia siria, al describir la excelsa santidad de María, que la hace *digna Madre de Dios*, afirma sobre el fomes en María: «No surgió en ella impulso alguno de concupiscencia ni pensamiento que la incitase al placer» Ibid., I; EM 1481; «Bienaventurada cuyo cuerpo jamás fue manchado por la concupiscencia» Ibid., I; EM 1490. En el siglo anterior ya Hesiquio de Jerusalén enseñaba: «No le tocó el humo de la concupiscencia, ni la dañó el gusano del placer» (*Sermo V. De Sancta Maria Deipara*; PG 93, 1466; EM 1278).

53 *Oratio V, XVII*; PG 65, 754; EM 1225.

la de santo Tomás, defienden la inmunidad del fomes del pecado, porque desde el principio o no existió o fue extinguido por la gracia. Así Pedro Lombardo, santo Tomás, san Buenaventura, san Alberto Magno, Alejandro de Ales y otros. Para Escoto María fue inmune desde el primer instante no sólo del pecado original sino también de toda concupiscencia desordenada.<sup>54</sup>

La Bula *Ineffabilis* enseña que «Ella fue completamente libre siempre de todo pecado, toda hermosa, perfecta, con una plenitud de inocencia y santidad que, fuera de Dios, no puede concebirse mayor»<sup>55</sup>. Tal doctrina, recibida de los Padres, no puede conciliarse bien con una concupiscencia en María, aun entendiéndola como una contradicción interna sin concurso de la voluntad, una falta de armonía, como hemos explicado antes.

Ateniéndonos a la línea de la gracia, en la que hay que proclamar a María llenísima, podemos encontrar en ella la razón profunda de la inmunidad de concupiscencia. La gracia en el hombre no sólo actúa sobre la mente y la voluntad, sino que llega hasta las raíces del ser humano. La presencia del Espíritu con todos sus dones puede impregnar todos los resortes activos del hombre de dulzura, armonía, pureza, de unciones espirituales maravillosas.

Nos causan admiración la armonía y elevación espiritual que se observan en almas santas, como Teresa de Jesús, Francisco de Asís, Francisco de Sales, Teresita del Niño Jesús, Isabel de la Trinidad, etcétera. Pues en María el nivel de armonía interna supera la de todo santo, tanto que para nosotros es inimaginable, porque nuestras experiencias parten de una condición pecadora.

Cristo no tuvo concupiscencia. Nuestros primeros padres tampoco. Cristo ha devuelto a su naturaleza humana la integridad primera. El es la cabeza y modelo de la nueva creación. María también es modelo de nueva criatura por los méritos de su Hijo. María supera a Eva en toda gracia.

En la nueva creación no se suprimen fuerzas, ni instintos ni pasiones. Porque todo eso pertenece a la creación y el Señor todo lo hizo bueno. La gracia va penetrando en el ser humano y de una manera misteriosa e incontrolable para cualquier mecanismo humano, va poniendo orden y elevación espiritual. Ha llegado a unos niveles más altos que en el estado primitivo, pues ha sido derramada con mayor abundancia y en conformidad con la imagen de Cristo, como sucede en María.

En María todo estaba elevado, todo subordinado a los fines de la gracia, por medio del Espíritu. María es modelo de la libertad humana y a la vez de la docilidad al Espíritu. Es la gran meta de la nueva creación en el hombre, es su perfección antropológica. Plena libertad y plena docilidad al Espíritu. No se contraponen esta dos

<sup>54</sup> Cf. B. E. Merkelbach, O.P., *Mariología* (Bilbao 1954) pp. 211-21.  
<sup>55</sup> *Ineffabilis Deus*, 1; Doc. Mar. cit. 269.

realidades. Se complementan y perfeccionan. El Espíritu perfecciona la libertad y a la vez todas las energías bellas y nobles del ser humano, que no son pocas.

\* \* \*

En cuanto a la armonía interna propia de la nueva creación debemos decir que desconocemos exactamente los márgenes que permiten su perfección. Sabemos que se compagina con el dolor intenso, con las lágrimas y hasta con el sudor de sangre.

Pero ciertamente ella hace aflorar toda clase de energías bellas del alma, bajo la fuerza de la gracia, que son muchísimas, sólo conocidas por Dios. Entre ellas, alabanza, gratitud, obediencia, pureza, humildad, y sobre todo un amor inmenso.

María ha entonado en su vida el *cántico nuevo* (cf. Ps 149, 1). Comenta sobre él san Agustín: «El *hombre nuevo* conoce el *cántico nuevo*... Cantar es expresión de amor. De modo que quien ha aprendido a amar la vida nueva sabe cantar el *cántico nuevo*. De modo que el *cántico nuevo* nos hace pensar en lo que es la *vida nueva*»<sup>56</sup>.

En María se trasparenta la belleza divina, como la quiso expresar Teófanos el Griego (s. xiv) en su icono de Donskaja, llamado así porque se conserva en el monasterio de Donskoj, construido en honor de la Madre de Dios. En el icono la luz divina que envolvió toda la humanidad de Cristo, y de modo análogo el ser de María. Esta se convierte en la gran *Theopoiesis*.

En María Dios adornó el ser humano, como lo manifestaba san Sofronio con estas bellas palabras: «Tú adornaste la naturaleza humana, tú superaste los niveles de los ángeles»<sup>57</sup>.

La *theopoiesis* para los Padres griegos, especialmente de la escuela alejandrina, es como el fin de la encarnación del Verbo. Toda la humanidad con ella se eleva, se diviniza, trasparenta la acción deificante. Produce la verdadera transformación del hombre, significada en las Escrituras. Es como una luz misteriosa que invade todo el ser humano, una fuerza que ya está pidiendo un nuevo estado, un nuevo cuerpo glorioso, un alma enteramente liberada y unida a Dios (cf. 2 Cor 5, 4).

### 3. LA THEOSIS O DIVINIZACION DE MARIA

Si todo cristiano participa de la *divinización* de Cristo y se puede llamar *santo*, porque hay en él *vida divina* que viene a formar parte de su ser, con toda razón o lógica podemos afirmar que María ha sido y es la que más participa de la *divinización*.

En ella entró a raudales la vida divina, ya desde el momento

<sup>56</sup> *Sermón* 34, 1.

<sup>57</sup> *Oratio II in Annunt.* 18; PG 87 ter, 3238; EM 1729. Más tarde S. Juan Damasceno manifestaba la misma idea: «La eximia hermosura del género humano» (*Hom. In Nativit. B.M.V.* 11; PG 96, 679; EM 1943).

primero de su concepción, por medio de la presencia y acción amorosa del Espíritu Santo que la convirtió en su templo privilegiado. Más divinizada fue todavía en el misterio de la encarnación del Verbo al encerrar en su seno a la misma fuente de la vida divina y recibir una unción plena del Espíritu que la hizo digna Madre de Dios.

Los Padres la han llamado *toda santa, santísima, templo de santidad, tabernáculo de Dios*, y muchas otras expresiones que indican la plenitud de vida divina que residió en aquella alma purísima. Incluso a veces la llaman *divina*<sup>59</sup>.

María es santa por participación de la vida divina de su Hijo y de su Espíritu.

No podemos imaginarnos todo el interior divinizado de María, su diálogo constante y vital con Dios, el conocimiento y el amor divinos en que se movió siempre, la moción ininterrumpida del Espíritu Santo sobre todo su ser psíquico y espiritual.

María poseyó la *théosis* en plenitud, plenitud que aumentaba en grados mientras vivía y que llegó a una cumbre del todo incomprendible en su entrada en la gloria. ¡Qué vida divina resplandecerá en ella! ¡Cómo vivirá en eternas delicias de la Trinidad la Madre de Dios!

En la *théosis* no se pierde la propia identidad de criatura, la personalidad. Por más divina que sea María, ella siempre es otra, distinta de Dios, criatura que recibe la vida divina.

No hay comparación entre la primera y la segunda creación, pues la vida divina de Cristo y de María superan en muchísimo la vida divina de los primeros padres.

La vida divina en María tenía su parte práctica o experimentable, sus *frutos*. Todo el hombre, con todas sus energías y potencialidades se siente despierto y enriquecido con la divinización.

Antropológicamente desemboca en toda la riqueza de los *sentimientos de Cristo* de que nos habla san Pablo (cf. *Philip 2, 5*) y en una armonía y alabanza interior de todo el ser humano hacia Dios, *alabanza de gloria* (Eph 1, 6.12).

María fue toda de Dios, toda santísima, porque la vida divina corría como por sus venas y arterias y movía su corazón.

Máximo el Confesor (s. VII) tuvo predilección por el tema de la *divinización*, aunque no nos dejó la aplicación que hubiera podido hacer de esta doctrina a María.

Para Máximo la encarnación es «el gran misterio de la economía

<sup>59</sup> San Germán la llama *esposa divina, rocío divino: Oratio IV in Praesentationem SS. Deiparae*, PG 98, 318; EM 1815; cf. san Atanasio, *Fragmenta in Lucam*, PG 27, 1394: «sanctae Virginis ac divinae Mariae, quae Verbi mater... EM 283. S. Sofronio: «beata illa ac divina Virgo», *Oratio II, XXIII*; PG 87 ter, 3242; EM 1732. San Modesto: «propitiatorium divinissimum», *Encomium in Dormit.*, X; PG 86bis, 3306; EM 1709.

divina»<sup>60</sup>. El Verbo asumió toda la naturaleza humana, y al asumirla la sanaba. Tenía que asumir todo lo que quería sanar, principio que ya comprobamos en los primeros Padres. Incluso asumió la *libertad humana*, porque era lo más importante del hombre y la causa eficiente del pecado. La tomó y la sujetó enteramente a Dios.

Para Máximo entre el amante y el amado, entre el contemplante y el contemplado se establece una afinidad, una semejanza, que en el cielo será perfecta.

De este principio podemos deducir la grandísima afinidad que había entre María y Dios, la gran contemplante de Dios, la gran amante de Dios, la esposa del Espíritu Santo.

La contemplación es penetrante en el otro ser, es unitiva, es comunicante. El amor goza de todos los dones de la contemplación y establece la máxima unión entre dos seres distintos.

En la contemplación divina el ser de Dios se derrama en el espíritu contemplativo del alma y la impregna de su ser y querer. Lo comprobamos en los efectos que produce la contemplación en las almas místicas.

San Juan de la Cruz:

Quando tú me mirabas  
cuando me mirabas  
por eso me amabas,  
y en eso merecían  
los míos adorar lo que en ti vían (canción 32, cant. B).

Comenta: «Por los ojos» del Esposo entiende aquí su Divinidad misericordiosa, la cual, inclinándose al alma con misericordia, imprime e infunde en ella su amor y gracia, con que la herosea y levanta tanto, que la hace consorte de la misma divinidad» (n. 4).

Y más adelante: «amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo, y así ama al alma en sí consigo con el mismo amor que él se ama. María estaba y vivía enteramente metida en Dios. El la igualaba consigo en altísimo amor».

Los Padres con frecuencia la han llamado *esposa de Dios*. Así Teodoto de Ancira, san Pedro Crisólogo, san Germán, san Andrés de Creta, el Damasceno y el Pseudo-Efrén en sus *Oraciones*. Expresión que claramente quiere significar la sublime divinización de María.

#### 4. EL ALMA DE MARÍA, PARAISO DE SENTIMIENTO

Es un tema teológico y a la vez eminentemente antropológico. Vamos a tratarlo en ese doble aspecto.

Como *frutos* de la nueva creación que manifiestan la presencia de Dios en las almas es reflexión teológica. Como experiencia humana que brota en el ser del hombre bajo la gracia, es tema antropológico.

<sup>60</sup> Cf. Máximo Confesor, *Opusc. theol. et polem.*; PG 91, 225D.

La experiencia de lo divino acompaña de continuo nuestra fe. Jesús nos dijo que por los frutos se conoce el árbol, no sólo el árbol malo sino también el árbol bueno (cf. Mt 7, 17-20). San Pablo nos enseña que los frutos del *Espíritu* en nosotros son enteramente distintos de los frutos de la *carne* (cf. Gal 5, 22).

Los *sentimientos buenos* son un fruto exquisito del Espíritu Santo en el hombre; su campo es riquísimo y de una importancia capital en la vida humana y cristiana.

Comenzaremos por una descripción bellísima de santa Teresa: «El alma... entiende una fragancia [...] como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde echasen olorosos perfumes; ni se ve la lumbre ni dónde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aún hartas veces —como he dicho— participa el cuerpo»<sup>61</sup>.

Profunda y clara observación psicológica de la Santa. No se trata de una fantasía poética, sino de una realidad experimentada. Añade de seguido: «Mirad, entendedme, que ni se siente calor ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas cosas, sino para dároslo a entender. Y entiendan las personas que no han pasado por esto, que *es verdad que pasa así y que se entiende y lo entiende el alma más claro que yo lo digo ahora. Que no es esto cosa que se puede antojar*, porque por diligencias que hagamos no lo podemos adquirir, y en ello mismo *se ve no ser de nuestro metal*, sino de aquel purísimo oro de la sabiduría divina... *Puedo errar en todo, más no mentir*; que por la misericordia de Dios, antes pasaría mil muertes; *digo lo que entiendo*».

Ahí está la experiencia de santa Teresa. Nos ofrece elementos valiosísimos para un estudio del hombre, iluminado por la gracia, en el campo de los sentimientos. Ella entiende que hay en el alma un estado de sentimientos de gran pulcritud, como si fuese un *brasero adonde se echasen olorosos perfumes*. Pero es una realidad más primorosa que la metáfora del brasero y los perfumes. Entiende además que no es algo que escapa a la observación: *lo entiende el alma claro*. Deduce que esta experiencia *no es de nuestro metal*, sino de arriba, del oro de Dios. A continuación, a lo largo de las *Moradas cuartas* nos expone la santa su doctrina de los *gustos y contentos* de Dios. Los contentos son fruto de la buena obra que se practica; los *gustos* son provocados más directamente por Dios, son flores muy exquisitas del alma.

¿Qué son los *sentimientos*? En psicología se definen con dificultad. Podemos decir que el *sentimiento* es una sensación superior, más alta y fina que la de los sentidos externos y que cae bajo la conciencia. Es específica del ser humano. Tiene implicaciones mentales o intelectuales y a la vez elementos afectivos. Poseen un significado. Podemos retener todos estos elementos aquí.

61 *Las Moradas*, IV, 2, 6.

El cuerpo por medio de los sentidos reacciona con bienestar o malestar, con placer o con dolor, con sosiego o con inquietud. No sólo reacciona ante las cosas externas que percibe, sino también ante las internas que contempla, imagina o recuerda. Se descubre una vasta gama de sentimientos: nobles, muy nobles; pero también otros corrompidos por el pecado<sup>62</sup>. Se manifiesta en el espíritu, a veces un paraíso, a veces, un lugar de caos y desorden; un jardín de bondad o un rincón de maldad.

Por ser el campo de los sentimientos un campo específico del ser humano y por el *enorme influjo* que posee en el vivir y obrar, su estudio resulta importantísimo.

En la creación Dios otorgó al hombre esa riqueza, de la que el animal carece, porque éste no es capaz de experimentarla. Lo que nos hace comprender que el hombre no es un simple paso evolutivo del ser animal al racional, como del menos al más, o por un agrandamiento de sus espacios cerebrales, o por el hecho de la infusión del alma, sino que es, en parte al menos, *un ser estructuralmente nuevo*, con nuevos mecanismos, con nuevos programas de reacción y de acción, que responden a su parte espiritual. Los sentimientos, ontológicamente entendidos, brotan y permanecen en un campo estructural sensible muy complicado, mucho más delicado y sutil que el mecanismo de todos los instintos, y ha de tener sus órganos apropiados.

Bunge defiende que hay en el hombre centros sensoriales que no se dan en el animal y que su sistema central nervioso difiere del que tiene el animal de manera cualitativa y no sólo gradual. Sea lo que sea, los sentimientos del hombre requieren unos órganos y programas propios y específicos del hombre. No tienen nada que ver tales sentimientos, con su gran riqueza y elevación, con las demás sensaciones instintivas o animales.

En la creación todo este campo era bello y bueno, como un paraíso interno lleno de flores, porque en el corazón del hombre reinaba armonía y sublimidad de espíritu, como reacción al exterior y como respuesta a la acción interna de Dios. Evidentemente, la reacción tenía que estar acomodada a una etapa primitiva, como de infancia, pero con capacidad de desarrollo.

El pecado afectó profundamente el campo de los sentimientos, desarbolando su cohesión y rebajándolos hasta corromperlos. El sentimiento de envidia de Caín hacia Abel es todo un símbolo. Lo mismo la situación anterior al diluvio. Esto es, desatadas las fuerzas fundamentales, por la debilidad de las superiores, surgieron sentimientos salvajes, egoístas, esclavos de la animalidad, a veces monstruosos.

62 Orígenes admitía en el alma cinco sentimientos interiores, análogos a los que posee el cuerpo. Cf. H. Rahner, *Les débuts d'une doctrine des cinq sens spirituels chez Origène*. Revue d'Ascétique e de Mystique, 1932, p. 113.

Pero todavía queda el paraíso. Y con la gracia de Cristo surge bellísimo de nuevo. A veces esta realidad amanece tan limpia y hermosa, que parece que por allí no ha entrado el pecado o que ha huído la serpiente y el caos. En ese instante no asoma por ningún horizonte la siniestra nube del desorden. Estoy refiriéndome a experiencias de almas que viven muy unidas a Cristo. Es sorprendente: en ese dichoso momento aparece un paraíso limpio, no mezclado de suciedad de concupiscencia. Y puede ser que en otro momento se presente de pronto el siroco del desorden y no se descubra ningún rompimiento de luz del paraíso. Este fuerte contraste sólo se puede explicar por la acción divina de la nueva creación. Cuando interviene la acción prodigiosa de la gracia, todo el ser se ilumina y sólo destaca lo primoroso. Cuando queda el natural en sí mismo entonces brota fácilmente el fango de la concupiscencia que dormía en el subconsciente y que nunca abandona al hombre en esta vida.

El hombre en la nueva creación está llamado al retorno progresivo del paraíso interior. En Cristo se dio toda la realidad de la reconciliación, apareciendo de nuevo el más bello paraíso de armonía, frescura y riqueza de sentimientos humanos. A él nos invita san Pablo con esta consigna: «*tened los mismos sentimientos de Cristo*» (Philip 2, 5).

Este es el ámbito predilecto para la acción divina, de la gracia. Los mensajes interiores de Dios podemos leerlos principalmente en el pensamiento humano y en sus sentimientos. San Juan de la Cruz afirmaba que «un solo pensamiento del hombre vale más que todo el mundo»<sup>63</sup>; afirmación que puede ser completada por esta otra del mismo santo y casi en el mismo lugar: «Para lo insensible, lo que no sientes; para lo sensible, el sentido, y para el espíritu de Dios, el pensamiento»<sup>64</sup>.

*Para el espíritu de Dios el pensamiento.* Esto puede entenderse en el sentido de que hemos de ofrecer a Dios nuestro pensamiento, porque *el pensamiento vale más que todo el mundo*. Es difícil saber si el santo sólo quiso significar esto. Podría dársele otra versión que explicase un poco el porqué el pensamiento del hombre posee tanto valor, pues en un salmo se afirma que *los pensamientos del hombre son insubstanciales* (Ps 93, 11).

El pensamiento del hombre es el lugar apropiado por designio creador para encontrarse Dios con el hombre. Es su entendimiento la parte más alta y noble del ser humano. Dios respeta la inteligencia del hombre y quiere que él se guíe por su razón. No tiene que esperar revelaciones privadas de su Creador para actuar. El debe buscar los motivos razonables para obrar y proceder a la acción y empresa. Sólo le pide que se encomiende a él en todas sus empresas y que confíe en él (cf. Ps 36, 5).

63 *Dichos de luz y amor*, 34.

64 *Ibid.*, 35.

Dios ilumina el pensamiento del hombre y misteriosamente le habla, sin que éste pueda escuchar sensiblemente su voz. Pero el lugar del encuentro del hombre y Dios y de Dios y el hombre es su pensamiento. De aquí el valor del pensamiento que se funda en la razón y en Dios.

Lo que se asegura del *pensamiento*, puede afirmarse también del *sentimiento* cuando ha brotado del corazón humano movido por la gracia. Allí habla Dios al hombre de una manera muy particular. Porque el sentimiento es inteligible, encierra un contenido. Su lenguaje suele ser más dulce que el de la razón. En el diálogo de la oración es donde el lenguaje es más fuerte y claro.

El sentimiento humano, por más elevado que sea —recuérdense todos los sentimientos que describe o menciona santa Teresa en las *Moradas*, a partir de las *cuartas*, y en otros escritos, o los que expone san Juan de la Cruz en el *Cántico* y la *Llama*— es *experimentable* y objeto de observación y estudio. Es algo que brota del corazón humano y, por consiguiente, entitativamente no es *gracia sobrenatural* ni fuerza que se crea. La gracia es *trascendente* y escapa a la directa observación, y sólo se la puede estudiar en sus efectos.

Todo esto tan bello que nace en el corazón del hombre de alguna manera está allí, aunque sea como dormido. Forma parte de la riqueza y bondad de la creación. La nueva creación lo despierta, lo hace brotar como a una planta o abrirse como a una flor<sup>65</sup>.

Los sentimientos son gracia en cuanto son actuados por Dios y dirigidos hacia él, y a veces de una manera extraordinaria. Mas lo que se experimenta no es la gracia sino el sentimiento que la gracia despierta y que brota del mismo ser humano, restaurado por Cristo. Viene a ser como el pensamiento de fe, que entitativamente es pensamiento humano, acto humano, pero iluminado por la gracia, sin la cual no se daría un pensamiento salvífico.

Por medio de tales realidades vivenciales el hombre se torna capaz de experimentar un mundo nuevo, bello y puro, muy superior al instinto, a la pasión e incluso al frío pensamiento, y se coloca como un ser del todo privilegiado sobre la creación entera, orientado hacia la incorruptibilidad de lo eterno con Dios.

La gracia de Cristo ha puesto al descubierto en el hombre un campo nuevo, asequible para la experiencia íntima, oculto para todos aquellos que no se acercan a Dios.

¿Sólo la gracia puede suscitar ese mundo nuevo? Sí, sólo Cristo ha traído y trae la nueva creación; sólo él puede reconstruir el paraíso perdido. Sin la gracia únicamente puede verse alguna que otra planta bella, pero no el paraíso<sup>66</sup>.

65 Santa Teresa: «Veo secretos en nosotros mismos que me traen espantada muchas veces y ¡cuántos más debe haber!... En nosotros mismos están grandes secretos que no entendemos» (*Mor.* IV, 2, 5).

66 San Juan de la Cruz en *Dichos de luz y amor*: «¿Quién se podrá librar de los modos y términos bajos si no le levantas tú a ti en pureza de amor, Dios

¿Tiene enemigos esa nueva creación de sentimientos hermosos y delicadísimos? Pues sí, tiene un enemigo enfrente, que anida en el mismo corazón humano. Es la *concupiscencia*. Es el enemigo declarado del campo de los sentimientos de la nueva creación, es el enemigo del disfrute pleno y profundo de los sentimientos del *paraíso*.

Porque la concupiscencia se halla en el campo de la sensación y corrompe con su veneno la sensibilidad. Es desorden del sentido y tiende a colocar por encima del sentimiento del paraíso la manzana ponzoñosa del instinto y de la pasión. Puede hacer la guerra por la fuerza que posee el sentido cuando se descontrola y desvaría.

Para los que quieran gozar del paraíso de los sentimientos primorosos de la nueva creación es del todo necesario vigilar el campo de la sensibilidad y atajar los pasos de la serpiente de la concupiscencia. Porque el sentimiento de Dios es algo muy fino y delicado que sólo puede percibirse y gozarse por las almas puras. Ese paraíso de Dios y del hombre, cuyo contenido es inteligible, forma parte de la *sabiduría de Dios* que «entra en todas las edades en las almas santas y forma en ellas amigos de Dios y profetas, porque Dios no ama sino a los que viven con la Sabiduría» (Sab 7, 27-28); «en alma perversa no entra la sabiduría, no habita en cuerpo sometido al pecado» (idem, 1. 4).

\* \* \*

María, criatura nueva y perfecta, gozó en su alma de todos los sentimientos de Cristo, de los que puede participar una criatura que ha de vivir de fe en este mundo. Porque no olvidemos que Cristo, al no caminar en la fe, sino en la visión del Padre, tuvo que gozar de sentimientos no experimentados por criatura alguna y reservados únicamente para la otra vida. Y no dejaba de ser *hombre perfecto*. Para ello no tuvo que crear Dios mecanismos especiales en la humanidad de Cristo con el fin de hacerlo capaz de vivir tales sentimientos. Solamente se comprende este misterio si tenemos en cuenta que el hombre fue creado con vistas a ser portador de tal realidad humano-divina. Es decir, el modelo perfecto del hombre, de todo el hombre, de todo lo que puede dar de sí con la gracia, es Cristo.

María es modelo de nuestra perfección, del hombre en estado de fe. María alcanzó en su ser humano, en este mundo, todo lo que puede alcanzar el hombre en tal estado, con toda perfección.

Su alma fue un paraíso de sentimientos. En ella floreció todo sentimiento noble, puro, elevado, los más exquisitos, hasta algunos que los hombres en el presente estado de pecado y concupiscencia no podrán experimentar aquí, en esta vida, aunque sean muy perfectos. Es lógico: su alma, en estado de entera inocencia y de inmu-

mio? ¿Cómo se levantará a ti el hombre engendrado y criado en bajezas, si no le levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste?» (26).

nidad total de pecado y libre de concupiscencias, estaba capacitada para acciones de la gracia del todo singulares, para ofrecer los sentimientos más recónditos del corazón creado en el paraíso. Los más primorosos son los que brotan de la unión de Dios trino.

Los Padres penetran con frecuencia en los sentimientos de María y suelen destacar el de la *dulzura* y *amabilidad*. María es *dulce*, *dulcísima*, *amable*.

María es contemplada por san Sofronio en medio de la *alegría*.

Pero también tuvo el sentimiento inmenso del dolor, con el que acompañó a Cristo, sobre todo bajo la cruz del Calvario. Allí la condescienda san Ambrosio. Más tarde, san Bernardo, san Efrén contempla en sus *Himnos* los sentimientos maternos.

El sentimiento rey, el más bello y de mayor valor, es el *sentimiento del amor*. En María debió de ser un efluvio constante de los más ricos perfumes de este sentimiento. Subía hacia el Señor como incienso y mirra en incesante oblación.

Hay otros bellísimos sentimientos, como son el de la ternura, el de la misericordia y compasión, el de la pureza y humildad, el del gozo y consuelo. Y muchos otros que hacen del hombre en la nueva creación un verdadero paraíso, un hombre nuevo.

Dentro de este ámbito sensible, eminentemente humano, habrá que colocar el *sentimiento religioso* y el *sentimiento de devoción*, que, precisamente por ser *sentimientos*, se resisten a una definición meramente conceptual. Estos sentimientos recobran en la *nueva creación* unos tomos muy elevados y bellos.

María ahora, desde su asunción o estado glorioso, comunica sus sentimientos a las almas que la invocan y aman. Estos sentimientos no sólo enriquecen al alma, sino tienen la misión de sanar de los males de las concupiscencias y de transformar el corazón del hombre para que sea nuevo, conforme a la imagen de Cristo. Sin duda en la vida de las almas marianas se da un inefable trasvase de sentimientos desde el corazón de la Madre al de los hijos. Es la comunicación vital dentro del Cuerpo Místico de Cristo<sup>67</sup>.

##### 5. MARIA, IMAGEN PERFECTA DE CRISTO, DE DIOS

María es, en expresión de san Andrés de Creta, «la imagen magníficamente esculpida del divino arquetipo»<sup>68</sup>.

El hombre fue creado *a imagen y semejanza de Dios* (cf. Gen 1, 26 s.; 9, 6; Sab 2, 23; Eclo 17, 3; Ps 8, 6). Se presenta en el Génesis como la cumbre de la creación. Todo lo creado era *bueno*, pero sólo el hombre es creado *a imagen y semejanza de Dios*. Los dos términos,

<sup>67</sup> Cf. mi trabajo 'Mujeres místicas marianas', en *Ephemerides Mariologicae, Matriti*, vol. XXXIII (1983) (I-II) 159.

<sup>68</sup> Oratio XIV. In *Dormit. B. V. Mariae*. III; PG 97, 1091; EM 1858.

*imagen y semejanza*, van unidos en el AT (*selem* = imagen y *demut* = semejanza).

Quiere significar un contenido que no desaparece con el pecado de los primeros padres, como lo demuestran los textos de Gen 9, 6, Sab 2, 23 y Eclo 17, 3. Ni desaparece la *imagen* ni la *semejanza*. No se trata, pues, de *gracia*, sino de algo que está esculpido en el ser del hombre por creación y forma parte de su naturaleza, sin dejar de ser gran don de Dios.

Por el pecado no quedó destruida la *imagen*, pero sí oscurecida, sucia y debilitada. Como el castillo interior descrito por santa Teresa en los comienzos de sus *Moradas*; cuando el pecado ha entrado en el hombre «no hay tinieblas más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra, que no lo esté mucho más» el dicho castillo<sup>69</sup>. Más el castillo sigue ahí, como la imagen de Dios, que puede ser reconstruido e iluminado por la gracia.

En cuanto al contenido de los dos términos, *imagen y semejanza*, sin duda el autor sacerdotal del Génesis ha querido expresar una verdadera semejanza y participación de Dios, ya que usa esta misma terminología al decirnos que Adán «engendró un hijo a su semejanza, según su imagen, a quien puso por nombre Set» (Gen 5, 3).

El libro de la *Sabiduría* concreta más el significado de la *imagen*: «Porque Dios creó al hombre incorruptible, le hizo imagen de su misma naturaleza» (2, 23). Aunque alcanzan esta incorruptibilidad los que pertenecen a Dios (cf. ib. 2, 24). Se quiere significar que en los que no pertenecen a Dios, porque no lo escogen en su vida, la imagen queda frustrada, no llega a su término, a lo que ella requiere. Puede haber, pues, una frustración en el contenido de la imagen. Lo cual quiere significar que la imagen no es del todo estática, sino que ha de tener un progreso después del pecado.

Si la *Sabiduría* considera la inmortalidad y espiritualidad del hombre en la *imagen*, el *Eclesiástico* entra en otros aspectos: «Dioles también poder sobre las cosas de la tierra. De una fuerza como la suya los revistió, a su imagen los hizo... les formó boca, lengua, ojos, oídos y un corazón para pensar. De saber e inteligencia los llenó, les enseñó el bien y el mal... Aun les añadió el saber, la ley de vida dioles en herencia. Alianza eterna estableció con ellos, y sus juicios les enseñó...» (17, 25).

Como se ve, el concepto de *imagen* en el AT es amplio y abarca espíritu y cuerpo, un orden natural y un orden de diálogo y amistad con Dios por medio de una *alianza*.

En el AT Adán recibió de Dios su *imagen y semejanza* para transmitir las a sus descendientes. En el NT el nuevo Adán, recibiendo del primero la naturaleza humana, instaura la *nueva imagen*, simbolizada y anunciada en la primera creación y así restaura la imagen

<sup>69</sup> Mor. I, 2, 1.

que había quedado deteriorada y borrosa, y a la vez la eleva a una perfección altísima. Pues el mismo Dios se hace hombre.

Al ser Cristo la *nueva imagen*, con la que se han de conformar todos los renacidos por el Espíritu, el contenido se amplía y toma aspectos sobrenaturales y divinizantes propios de la nueva creación.

Si Cristo es la verdadera imagen, es decir, el arquetipo creado por Dios para todos los hombres, la imagen se coloca en el *orden sobrenatural*, y el destino del hombre a una vida plena con Dios se manifiesta con evidencia.

«El es la imagen de Dios invisible» (Col 1, 15). Quizás en este texto de *Colosenses* tuvo el Apóstol presente el de *Sabiduría* 7, 26: que la *sabiduría* es la *imagen de la bondad de Dios*. En otros textos de san Pablo, como son Rom 8, 29 y Col 3, 10 se ve una clara referencia a Gen 1, 26 ss., pues habla del *hombre nuevo* en contraposición del *hombre viejo*, nacido del pecado de Adán. Nos dice: «*Revestíos del hombre nuevo*, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la *imagen de su Creador*» (Col 3, 10). Aquí hay una alusión evidente a la primera creación y al primer hombre.

La afirmación de Pablo sobre Cristo como perfecta imagen de Dios, junto con su *capitalidad* y la condición de *nuevo hombre* que reemplaza al *viejo*, viene a ser la base de su antropología cristiana.

Los cristianos, los predestinados por Dios, están llamados «a reproducir la imagen de su Hijo, para que sea él el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29).

En resumen, destacaríamos varios conceptos que incluye la *imagen y semejanza* como tal y que nosotros debemos reproducir con la gracia de Cristo. Después aplicaremos estos conceptos a la Virgen María, perfecta imagen de Cristo.

1. La imagen implica *semejanza* con su *prototipo*.

2. La imagen *muestra* a su modelo de una manera visible. Cristo nos muestra visiblemente el ser de su Padre. «*Quien me ve a mí ve a mi Padre*» (Jn 14, 9).

Podemos entenderlo bien de su humanidad, pues su divinidad en este mundo no puede verse. Los discípulos veían a Cristo-hombre. Percibían la imagen de Dios. El prototipo quedaba en la trascendencia.

3. La imagen puede entenderse muy bien como un *sello divino* impreso sobre el ser del hombre, en lo más profundo, y que marca su *destino* sobrenatural. Por consiguiente, ese hombre que Dios creó y que sigue viviendo ahora no puede ser entendido sin referirlo a Dios. El hombre tampoco encontrará su centro y su perfección si no es en la realización de su *imagen* que es Cristo.

También significa concretamente que en las estructuras del ser humano el natural está formado y adaptado para ser sobrenatural y vivir hasta la sublimidad de la unión con Dios, mediante la gracia.

Por eso creo que K. Rahner ha llamado al hombre un «existencial sobrenatural».

Tal *sello* y *destino* es dinámico y se convierte en una poderosa fuerza que influye sobre el corazón y las ansias más profundas del hombre. Es lo que hizo exclamar a san Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti».

En tal sentido la *imagen* se convierte en una *sed enorme* del corazón. Solamente será saciada por el *agua viva* que nos regala Cristo. *Sed enorme de amor*, de *felicidad*, de encontrar la *persona* que es capaz de darnoslo todo en plenitud.

Nuestro yo busca ansiosamente la persona, el *tú* adecuado que le responda. No toda persona responde adecuadamente a ese yo nuestro, a la profunda relación que pide nuestro ser, a la profunda intimidad que exige el corazón. Solamente Cristo puede llenar todas nuestras ansias personales, porque es Dios y hombre.

4. El Concilio Vaticano II en su Decreto *Gaudium et Spes* nos ofrece otro aspecto importante de la *imagen*. Dice, basándose en la misma Escritura: «La Biblia nos enseña que el hombre ha sido creado 'a imagen de Dios', con capacidad para conocer y amar a su Creador, y que por Dios ha sido constituido señor de la entera creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios» (Ecclo 17, 3-10)<sup>70</sup>.

La imagen es una *capacidad* de *entendimiento* y *amor*. Es a la vez un *señorío*. Es una *capacidad* casi infinitamente espaciosa. La imagen se convierte como en un *molde*, el negativo de la imagen, que la lleva labrada, pero que ha de ser llenada para ser imagen perfecta. Cualquier cosa no puede llenar su vacío. El vaciado está reservado únicamente a Dios mediante su Hijo. La gracia de Cristo, su amor personal llena el gran vacío del corazón humano.

\* \* \*

María es la imagen perfecta de Cristo. Sus características son la *novedad*, la *perfección*, la entera *iluminación* y *plenitud*, la *estrechísima derivación* de Cristo, la inconmensurable *riqueza*. su *proyección* sobre todos los hombres.

«El árbol de la vida, oculto en medio del paraíso, ha surgido en María y desde ella ha extendido su sombra sobre el universo, ha esparcido sus frutos, tanto sobre los pueblos más lejanos como sobre los próximos»<sup>71</sup>.

El *árbol de la vida* va estrechamente relacionado con el *destino* del hombre, con el significado de la *imagen*, pues el hombre fue creado para la vida, para la *incorruptibilidad*, fruto del *árbol de la*

<sup>70</sup> N. 12.

<sup>71</sup> *Himno* I, atribuido a san Efrén, aunque modernamente se coloca en el siglo vi: CMP, 549.

*vida*, que simboliza a Cristo. María la alcanza porque pertenece a Dios (cf. Sab 2, 23-24).

El esplendor de la imagen de María puede resumirse en los cuatro puntos que arriba hemos reseñado.

1. María es la criatura más *semejante* a Cristo. La plenitud de gracia la configura plenamente con la imagen del Hijo. El Espíritu Santo la ha como divinizado con su presencia y sus dones. De la plenitud de semejanza de la gracia María ha pasado a la plenitud de la semejanza de la gloria.

En María no ha habido restauración de la imagen, sino que desde el principio ésta era perfecta y limpia, toda iluminada por la luz divina. Nunca hubo mancha ni sombra alguna.

2. Como nadie, ella *muestra* a Cristo. Quien ve a María, ve a Cristo. Esto se cumple con mayor perfección hoy, cuando ella resplandece ante el pueblo de Dios, en la contemplación de su misterio. Se cumple la plegaria de la Iglesia de la invoca desde ya hace siglos en la *Salve*: ¡*Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre!*».

Se comprende mejor que las almas místicas con frecuencia alcanzan la unidad de visión y de amor, contemplando y amando a la Madre en unión con Dios, con Cristo.

3. María llevó, como ningún ser creado y predestinado, después de la humanidad de Cristo, el *sello* del *destino* sobrenatural. Fue predestinada desde el principio, junto con su Hijo, en un mismo decreto de predestinación. Toda para Dios y de una manera efectiva, dentro de una realidad de Madre.

En ella hubo una inmensa *sed de Dios*, del Dios vivo, de la que habla el salmo: «Mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua» (Ps 41, 3). Cada momento de su vida experimentaba María que Dios satisfacía su sed inmensa. El *Magnificat* expresa unos de esos momentos sublimes. La acción divina la llenaba de gozo, al inundar su corazón.

Su yo encontró la Persona que deseaba ardientemente, y la encontró dentro del misterio trinitario. El *tú a tú*, tan profundamente ansiado por la persona, la había hallado. Ese *tú a tú* de algún modo iguala a las personas. Por eso la *imagen* siente la plenitud cuando esa relación de personas es cumplida.

4. La *capacidad* de entender y amar a Dios, y a los hermanos, era inmensa en María. Lo exige la naturaleza de la *imagen perfecta*. El gran hueco de lo profundo del hombre fue lleno por el conocimiento de Dios y por el amor. Nada quedaba sin llenar. La capacidad es dinámica y cada momento, al ampliarse, se llenaba toda. La capacidad pertenece a la creación, a la naturaleza del hombre. Sin embargo, está hecha para ser llenada por una gracia superior a todo lo natural. María, movida siempre por la gracia, desde esa capacidad natural se elevó. La gracia crea capacidades espirituales

y sobrenaturales y las va llenando. El amor pide más amor. El conocimiento pide mayor conocimiento de Dios. Hasta que llega el *cara a cara* ante el Dios inmenso e incomprensible.

La imagen trae *señorío* al alma. María es la *señora* por excelencia. Era reina desde su nacimiento, pero ha adquirido todo el señorío, incluso por encima de los ángeles, porque su imagen es tan perfecta, que supera a toda criatura en mucho.

#### V.—RECONCILIADORA Y MADRE DE LA NUEVA CREACION

María no sólo es portadora de la plena *reconciliación* en sí misma, obra perfecta de Cristo Redentor, sino que también, junto con él, reconcilia al mundo y a las almas con Dios, con su Hijo. Posee un poder especial de reconciliación.

Así lo han visto los Padres, especialmente a partir del desarrollo de la doctrina de la invocación e intercesión, aunque ya antes al llamarla desde el siglo II *nueva Eva*, —san Ireneo y san Justino— de alguna manera se le atribuye un influjo reconciliador en el mundo redimido. «María, al obedecer, obtuvo la salvación para sí y para el género humano»; «lo que Eva virgen ató por su incredulidad, María virgen lo desató por su fe» —escribía san Ireneo en las Galias—<sup>72</sup>. Claro, el santo se refiere al oficio principalmente de la Encarnación.

Más tarde se extiende este oficio reconciliador a la acción de María, tras la Asunción a los cielos, mediante la *intercesión*.

El autor del himno famoso *Akatistos* —con mucha probabilidad, Romano el Cantor— alaba a María como «redención de las lágrimas de Eva», «la que abre las puertas del paraíso» «aquella por la que se renueva la criatura», «el retorno después de la caída de Adán» y «propiciación de todo el orbe»<sup>73</sup>.

Es el siglo VIII cuando ya se tiene una conciencia desarrollada de la función reconciliadora de María. San Andrés de Creta la presenta como «reconciliadora divina con los hombres», «primicia de nuestra reforma»; san Germán, como «retorno de los desterrados», «salvación esperada de las gentes» y «reconciliación de los separados» (de Dios); el Damasceno, como puerto para los que la tempestad «ha arrojado al mar», «asilo», «consuelo»<sup>74</sup>. Destaca por la intensa conciencia de la función reconciliadora de María el autor de las *Oraciones* que un largo tiempo han sido atribuidas a San Efrén y

72 *Adversus haereses*, XXII, 4; PG 7, 959; EM 45.

73 Himno *Akatistos*, loc. cit.

74 S. Andrés de Creta, *Oratio V in Annunt. B.V.M. y Oratio IV in Nativit. B.V.M.* (EM 1848 y 1842); san Germán: *Oratio VII in Dorm. SS. Deiparae*, II y *Oratio IV in Praesent. SS. Deiparae* (EM 1821 y 1812); J. Damasceno: *Hom. I in Dorm. B.V.M.* 10 y *Hom. II in Dorm. B.V.M.* (EM 1950 y 1954).

que deben de ser de un autor del siglo VIII o IX. En una de ellas le dice a la Virgen: «Tú abriste los espacios del paraíso»<sup>75</sup>.

En la Edad Media brilla san Anselmo. El nos habla bellamente de la reconciliación de María, especialmente en sus *Oraciones*:

«Tú eres la corte de la propiciación universal, la causa de la reconciliación general...

El cielo y las estrellas, la tierra y los ríos, el día y la noche y todas las cosas sometidas al poder o proyecto de los hombres, se felicitan de haber perdido la gloria, porque una nueva gracia inefable, resucitada, ¡Oh Señora!, en cierto modo por ti, les ha sido concedida. En efecto, todas las cosas estaban como muertas..., estaban como oprimidas y manchadas... Pero, he aquí que, resucitadas, felicitan a su Soberana... Y han llegado a ellos estos bienes tan grandes por el fruto bendito del seno bendito de la beata María... El que ha podido hacer todas las cosas de la nada, no ha querido rehacer sin María lo que había sido manchado. Dios es, pues, Padre de las cosas creadas, y María, Madre de las cosas recreadas...<sup>76</sup>.

En la *Oración 6* llama a María: «Reconciliadora del mundo»<sup>77</sup>.

Otra gran estrella de la Edad Media es san Bernardo. Nos dice de María a este respecto: «Por tu medio el Omnipotente ha recreado todo lo que había creado»<sup>78</sup>.

Más tarde dirá el autor del *Mariale*: «Ha sido predestinada antes de los siglos para ser el principio mediante el cual todo lo creado sea recreado»<sup>79</sup>.

Está suficientemente asegurada la doctrina de la reconciliación de María para toda la humanidad redimida en la conciencia secular de la Iglesia.

«El magisterio pontificio repetidas veces se ha hecho eco de la función reconciliadora de María». Así el Papa León XIII la llama «Reconciliadora más que nadie con Dios»<sup>80</sup>; Pío IX, «Conciliadora de todo el orbe ante su Unigénito Hijo»<sup>81</sup>, palabras que repite luego Pío X<sup>82</sup>.

También el Concilio Vaticano II incluye la doctrina de la reconciliación en el c. VIII de la *Lumen gentium*: enseña que la Virgen «cooperó en la restauración de la vida sobrenatural de las almas»<sup>83</sup>; que desde el cielo cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan,

75 *Oratio ad Deiparam*; EM 341. Muy hermoso y significativo es este texto de S. Andrés de Creta: «Por ella (se refiere a la oración de María) se otorga todo bien a los cristianos y se restaura la semejanza de Dios»: (*Oratio in Dorm.*; PG 97, 1107; EM 1859).

76 *Oratio VII*, Obras completas. BAC 100, pp. 318 y 318.

77 *Oratio VI*, *ibid.*, p. 310.

78 *In Pentec.* 2; PL 183, 328 B.

79 *Mariale*, q. 145.

80 *Epist. Enc. Fidentem piumque*, 4; Doc. Mar., cit. 444.

81 *Bula Ineffabilis*, 19; Doc. Mar., cit. 300.

82 *Ad diem illum*, 7; Doc. Mar., cit. 488.

83 LG., 61.

y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz»<sup>84</sup> y que «coopera con amor materno a la generación y educación de los fieles»<sup>85</sup>, lo cual quiere decir que coopera a la transformación que supone la nueva creación, que es reconciliación con Dios por medio de Cristo Jesús. La Iglesia experimenta en sí misma esa función reconciliadora de María en su historia y en la vida interior de las almas<sup>86</sup>.

El tema de María reconciliadora no ofrece más dificultades que las que puedan aparecer en la cuestión de María considerada como cooperadora con Cristo en el misterio de la salvación.

Porque toda la obra de la salvación se realiza por el camino de la reconciliación con Dios y de una verdadera restauración del estado primitivo de gracia, que es la recreación. Si María coopera eficazmente, aunque con entera dependencia de Cristo, en la obra de la salvación, entonces es verdaderamente reconciliadora.

Es reconciliadora con todos sus hijos, que son todos los hombres. Pero especialmente los Padres la han considerado como reconciliadora de los pecadores, de los muy necesitados. Ella es *signo de esperanza* para todos<sup>87</sup>.

## VI.—CONCLUSION

*¿Qué sugiere la nueva creación en María al hombre de hoy?*

No es una utopía. No es un sueño. No es ninguna fantasía. La *nueva creación* es una realidad, regalo magnífico de Cristo Jesús que tiene su principio y desarrollo ya en este mundo y su plenitud en la gloria. Solamente Jesús y María gozaron de la plenitud espiritual en esta vida.

Cosas sumamente bellas. Pero ¿qué dicen al hombre moderno? ¿Pueden aportar algo interesante al joven de hoy, al hombre de la técnica y del progreso acelerado? ¿No trata éste de hallar, y con cierto fundamento, la nueva creación en el futuro de sus conquistas técnicas, en el dominio cada vez más amplio de las fuerzas físicas?

La *nueva creación* es obra exclusiva de Cristo. Nadie más la puede proporcionar. Y ella revela cosas muy importantes al hombre de hoy y al hombre de todos los tiempos. El nuevo paraíso nunca vendrá por el progreso de la técnica. La razón se encuentra en el mismo interior del hombre.

El Vaticano II da una explicación amplia y profunda. En síntesis dice:

84 Ibid., 62.  
85 Ibid., 63.  
86 Ibid., 62.  
87 Ibid., 68.

«En hecho de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre»<sup>88</sup>.

«En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1, 15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, ha sido elevada también en nosotros a la dignidad sin igual»<sup>89</sup>.

Es decir, no puede el hombre por sí solo salvar su división interna, sus desequilibrios profundos, su inseguridad, no puede recobrar con cierta perfección sus elevados sentimientos perdidos, no puede volver a saborear con los medios de su técnica los bienes del paraíso perdido, sin contar con Cristo y su gracia. Sus conquistas no curarán sus males profundos; no harán más que paliar la enfermedad, que cuando menos se piensa volverá a brotar con mayor virulencia.

Junto a Cristo está María. Ella, por los méritos de Cristo y dependiente de él, es también portadora de los bienes y armonía de la nueva creación.

Es un regalo primoroso para el mundo. Comienza en este mundo. De sus frutos se puede saborear algo aquí; se consigue vislumbrar algo de lo que será en el futuro de la gloria.

No se opone en absoluto al progreso: lo afianza, lo completa, lo eleva y dignifica a un nivel casi divino.

Con la nueva creación el hombre se encuentra a sí mismo, se descubre a sí mismo: contempla, aunque no sea todavía en toda su amplitud y profundidad lo que representa su dignidad humana: «*Lo hiciste, Señor, poco inferior a los ángeles. Lo coronaste de gloria y dignidad*» (Ps 8).

La nueva creación le muestra el camino de la armonía interna y con todo ser creado. La síntesis de su ser la encontrará el hombre en su unión con Cristo, en su semejanza con él, y también en la contemplación e imitación de aquella que es «*bendita entre todas las mujeres*» y el ser más bello de la creación, María.

También enseña el camino del amor, del amor humano, gran don antropológico puesto bajo la gracia y convertido en *amor cristiano*. La nueva creación no sólo ha descubierto el alto valor del amor humano, sino también su fuerza renovadora en la sociedad.

Aviva la esperanza de que un día el hombre se liberará de sus limitaciones y angustias y alcanzará la plenitud, que ya se vislumbra desde esta vida mortal.

La riqueza de bienes que comporta la nueva creación le hace

88 *Gaudium et spes*, 10.  
89 Ibid., 22.

ver que vale la pena trabajar con ilusión y como sin descanso por dar a conocer el mundo nuevo, que ya tiene su comienzo en este mundo y en parte es alcanzable.

La práctica de la nueva creación nos puede convencer de que la gracia es más poderosa que el pecado.

Por fin, en la nueva creación se halla como flor propia la *alegría*, que tanta falta hace al mundo de hoy, aprisionado con las cadenas del miedo y de la insatisfacción.

Ante la humanidad se levantan como modelos perfectos del hombre, llenos de vida y de energía humana, Jesús y su Madre, la Virgen María. Ellos ofrecen una humanidad real. Han pasado por este mundo, y hoy se encuentran en la plenitud de todo don y gloria.

Se me podrá objetar que ellos, Jesús y María, son paradigmas perfectos y que nosotros nunca podremos en este mundo igualarlos. Es cierto, nunca podremos igualarlos aquí abajo. Mas podemos acercarnos a ellos más y más, podemos entrar por grados en su paraíso y gozar ya de su belleza; y podemos llenarnos de esperanza gozosa de que un día veremos cumplidos todos nuestros deseos. La esperanza cristiana es ya una especie de posesión anticipada.

### Lo que supone en y para María la redención en virtud del principio de recirculación

Por B. Monsegú, C.P.